

LA OPINIÓN INDEPENDIENTE

LA OPINIÓN INDEPENDIENTE
Antología del pensamiento en la prensa libre
 cubana (2022)

Ramírez Mendez, Mario Félix
La opinión independiente / Mario Félix Ramírez
Mendez. - 1a ed. - La Plata :
Arte editorial Servicop, 2023. 120 p. ; 21 x 13 cm.

ISBN 978-987-803-530-7

1. Periodismo. I. Título. CDD 070.442

Compilación, diseño de cubierta, edición y notas:

Mario Ramírez

Fotografía de la cubierta:

Gente en el circo, © Jordan Isel



© 2023, Ramírez Mendez, Mario Félix
Hecho el depósito que establece la Ley 11.723
Impreso en Argentina
Prohibida su reproducción total o parcial sin autorización
del autor.

ÍNDICE

Nota / 7

Extender y humanizar la patria para sanarla... o diluirla / 9
HILDA LANDROVE

Socialismo en la Cuba de hoy y de mañana / 15
RAFAELA CRUZ

Paréntesis / 26
ISEL ARANGO

Tres causas de la descomposición social que sufre Cuba / 31
DAGOBERTO VALDÉS

Transición pacífica en Cuba, mi proyecto / 48
PEDRO ARMANDO JUNCO

El dulce castrismo de Miami / 53
CARLOS MANUEL ÁLVAREZ

Lectura antirracista sobre la muerte de otro joven afro-
cubano / 58
ALEXANDER HALL LUJARDO

Cubalandia: un país que existe a medias / 65
DARÍO ALEJANDRO ALEMÁN

Los congelados de mi refrigerador / 75

JORGE ÁNGEL PÉREZ

El ropaje del silencio y el traje nuevo del emperador / 79

MARÍA A. CABRERA ARÚS

Nomenclatura y Mayimbato / 93

RAFAEL ALMANZA

Independencia y periodismo / 110

MARIO RAMÍREZ

Los autores / 115

NOTA

Desde que existe el periodismo, existe la opinión, ¿o es al revés? La opinión de los griegos en el ágora tenía el mismo efecto que lo que desde hace varios siglos entendemos por artículo, editorial, columna o análisis. El periodista atiende a su desvelo y anota lo que ha venido pensando a la sazón de los hechos, sus causas, consecuencias, a veces incluso anticipándose con su reflexión al hecho noticioso mismo. En más de sesenta años de dictadura en Cuba, la opinión tuvo que sortear la censura, la marginación y, en último grado, la cárcel, hasta lograr afianzarse en medios de comunicación a los que la realidad ha impuesto el siempre polémico adjetivo “independiente”.

Con el auge del internet en la isla, esta independencia del régimen fue alcanzando su cenit objetivo, al influir sobre la opinión pública y crear una conciencia capaz de traspasar las cortinas de humo ideológico de la prensa oficialista. El periodista se halló de pronto, y se halla, ante la posibilidad de ser el maestro de la sociedad que fue en sus inicios. En una era que muchos vaticinaron como el paraíso de la información, pero en la que curiosamente han aflorado fenómenos como la desinformación, las *fake news* y los sesgos de todo tipo, la misión del periodista que se atreve a opinar es la del dique que sofrena el peligroso desborde de las noticias. Quizás el detrimento de la opinión en los medios independientes más populares en la actualidad, sea motivo para el desconcierto que seguimos padeciendo los cubanos, aun los *más conectados*.

La idea de una antología o anuario del pensamiento libre en la prensa cubana es sólo un gesto de lo mucho

que se debería hacer para valorar adecuadamente a esos que quieren pensar la Cuba de hoy, sin dejar atrás a la pasada y mirando siempre al futuro. En esta ocasión se trata de una selección personal, en la que conté con valiosas sugerencias de editores, directores y periodistas de medios independientes cubanos, como Henry Constantín Ferreiro, Jorge Enrique Rodríguez, Ileana Álvarez o Alexander Hall Lujardo. Desde luego, como me hicieron notar algunos de estos consultados, este gesto editorial es una provocación al archivo que logre incluir también las opiniones que se escapan a los medios y suelen perderse en el *maelstrom* de las redes sociales o en formatos ajenos al texto, como el podcast o la opinión gráfica.

En el volumen conformado este año, 2022, resaltan los juicios sobre ese acontecimiento histórico que marcó el estallido social de julio de 2021, la represión de un régimen en decadencia, la agudización de la crisis y los fantasmas que pululan entre los continuadores del castrismo. El criterio de selección apunta a aquellos pensadores con una visión global sobre la realidad cubana, más allá del tema específico que abordan, en un intento por reconstruir el ágora nacional con aspiraciones democráticas y de pluralidad. Habrá que perdonarme la inclusión de un texto propio, a manera de epílogo, como una concesión a las propuestas examinadas.

EXTENDER Y HUMANIZAR LA PATRIA PARA SANARLA... O DILUIRLA

Hilda Landrove

Aun cuando por fin hayamos salido de la larga noche del totalitarismo, a los cubanos y cubanas nos corresponderá lidiar con sus efectos durante bastante tiempo. Algunos de ellos son más evidentes e inmediatos, y pueden ser resueltos con el propio fin del régimen que ha doblegado a la sociedad bajo el control de una élite parasitaria. La posibilidad de elegir a quienes tomarán las decisiones; la creación de espacios para que diversas fuerzas políticas existan y diriman públicamente sus diferencias; la alternancia y la distribución del poder para evitar la excesiva acumulación del mismo; el reconocimiento del derecho elemental a cuestionar y destituir la autoridad cuando esta ya no funciona; son todos mecanismos democráticos que pronto contribuirían, en lo estructural, a construir una sociedad más abierta y plural, basada en libertades y, ojalá, también en responsabilidades colectivas.

Por supuesto, con esto no acaba el problema, aunque ello no signifique —como pretenden algunos— que, puesto que la solución no es perfecta, no deberíamos aspirar a nada más que a vivir complacientemente bajo una tiranía que no permite derechos básicos y cuyo costo es a menudo impagable para quien la vive. La democracia no es, ciertamente, una panacea libre de contradicciones solo porque haya pluripartidismo y elecciones. En su interior pugnan otras fuerzas; por ejemplo, las que los poderes

económicos imponen sobre la pretensión de la igualdad y la extensión de los derechos para todos los integrantes de la sociedad. No es algo que estemos discutiendo mucho de conjunto por varias razones —no es que haya mucha oportunidad de pensar en la tensión superficial o la densidad del agua cuando te estás ahogando—, pero requiere el tipo de análisis que sirve para generar sobre la realidad, permanentemente, un sano escepticismo. Por otra parte, la democracia no es solamente un conjunto de estructuras y disposiciones; requiere también de una cultura política favorable a la convivencia en la diferencia y una disposición a participar responsablemente en el rumbo colectivo.

Y es sobre la posibilidad de existencia de esa cultura política que el totalitarismo tiene su mayor impacto, uno que suele sobrevivir a la existencia misma del régimen totalitario, al crear y reproducir formas de relación y existencia social marcadas por la imposición, la sospecha y la colusión con la opresión. La (in)sensibilidad totalitaria se extiende a *toda la sociedad*, a cada uno de sus integrantes. Es gracias a esa penetración en la vida psicológica, en el más mínimo espacio habitable, que el totalitarismo puede desplegarse exitosamente; es también (quizás, fundamentalmente) un proyecto de colonización mental y no solo una forma de organización social. No es solo lo que la élite en el poder hace para controlar de manera absoluta la sociedad; es también lo que esa sociedad termina por hacer para sobrevivir en un entorno donde el escaso margen de libertad surge de plegarse a los designios de la élite.

Los efectos de esa constitución del poder en colusión con una sociedad que no encuentra los medios para escapar de ella, son reconocibles incluso entre algunos de

sus opositores más radicales, porque las lógicas que lo conforman no dependen de la ideología o el lenguaje en que se expresan, sino de la manera en que se practican las relaciones en un entorno restrictivo y vigilado. Es reconocible en la aceptación de que no hay alternativa fuera de lo que el régimen totalitario ofrece, en la complicidad con que se reproduce el discurso criminalizador sobre quienes disienten, en la violencia entusiasta con que algunos participan de los actos de repudio, en la ausencia de ideología de los represores, en la adoración inmediata y acrítica de “líderes” con cierto dominio del lenguaje a los que se transfieren las esperanzas y las responsabilidades. Es reconocible también, sin duda, en la incapacidad para reconocer otros totalitarismos, porque se presentan con otros discursos, y en el apoyo a los mismos porque prometen —como hacen todos los políticos— que tendrán mano dura con el comunismo.

Superar el totalitarismo es necesariamente también, por tanto, una empresa de sanación colectiva, la cual solo podría comenzar como un gesto de empatía y reconocimiento. Crecer bajo vigilancia, dudando y desconfiando del vecino, siendo conminado una y otra vez a la denuncia, la complicidad y la mentira, deja secuelas de las que no es sencillo librarse. Mucho peor si además de eso se ha sido víctima de los horrores más dañinos: la prisión, la tortura, el exilio. Dagoberto Valdés denominó “daño antropológico” a aquel que lastra la condición misma del ser. El problema del término, socorrido porque tenemos a cada momento evidencias de que algo en el modo colectivo de existencia ha sido dañado, es que conlleva a pensar en algo irreparable. Sin embargo, no creo que sea el caso.

La aversión visceral al régimen que produjo esos horrores termina muchas veces traducándose en apoyo a quienes no serían muy diferentes de permitírseles realizar sus visiones, que a menudo apelan a exclusiones inaceptables. Allí se llega tanto por reactividad traumática —yendo en la dirección contraria de la que se partió— como por afinidad —simpatizando efectivamente con propuestas de mundo excluyentes, potencialmente totalitarias en la medida en que todo totalitarismo solo puede imponerse a través de un régimen de exclusiones. En el primer caso, cabe la comprensión primero (que no es sinónimo de estar de acuerdo) y luego el desafío de construir vías de escape a la reactividad. En el segundo, la disputa abierta sobre la clase de mundo que pretenden construir o sostener. Un mundo en que quepamos todos no puede permitirse exclusiones prácticas o discursivas. Pero no ayuda en nada suponer que unos y otros son lo mismo, o que ambos son lo mismo que quienes, al servicio exclusivo de sus propios intereses, apelan a los dolores no resueltos para allanar su camino al poder.

Ciertos reconocimientos pueden en efecto conducir fuera de las lógicas del diferente. Es cierto que la apelación a la justicia social o al protagonismo del pueblo sobre los poderosos, en el camino para ganar apoyos, puede transformarse —y esto ha ocurrido con demasiada frecuencia— en ocupar la posición de élite que ejecutará luego el dominio total sobre la sociedad. Pero ello puede ocurrir también con la apelación al progreso, el futuro, la modernidad o incluso la pureza de la civilización occidental (si tal cosa existiera). La voluntad de poder recurrirá siempre a lo que crea que funcione para fidelizar a los votantes, la ciudadanía, el pueblo..., o como quiera que

se le denomine en cada caso. A menudo todas esas apelaciones discursivas han conducido a realidades horribles. El concepto mismo de totalitarismo nos enseña que no es el contenido sino la grandilocuencia y la apelación a un más allá trascendente, frente al que las vidas individuales no tienen importancia, lo que hace posible la opresión totalitaria. Y la experiencia de vida en un régimen totalitario como el cubano debería habernos enseñado que las palabras por sí mismas no significan nada; que una de las características del líder populista capaz de deformar hasta lo irreconocible la vida social es justamente la capacidad de tejer visiones utópicas que no son nunca realizadas ni realizables. Esa experiencia debería servir para alertarnos sobre los líderes que hablan sin respaldar las palabras con los actos y los hechos, donde quiera que se presenten.

Otro camino posible para escapar de la reactividad, y el pendular de uno a otro extremo que resulta de ella, es la renuncia al excepcionalismo que incluyen siempre los cantos de sirena de “la nación” y “la patria”. Aquella proclividad a creer que el nuestro (donde quiera que ese “nuestro” se ubique) es el peor de todos los problemas es egoísta e insidiosa, y termina siendo grotesca. Conduce a reproducir eso que hemos padecido tanto y es todavía hoy la razón de que muchos no escuchen: la minimización del horror por comparación con otros horrores. ¿Cómo se podría pretender que el nuestro es el peor de los problemas en un mundo donde casi en ningún sitio hay soluciones duraderas o fértiles, al borde del colapso, resultado de capas y capas de violencias legitimadas en nombre de algo que beneficia a algunos a costa de otros tantos?

Nuestros dolores no son únicos; tienen más bien sus propias fuentes, nacen de la vocación totalitaria, de la ti-

ranía y la dictadura. Otros nacen de formas diferenciadas de exclusión social, de la desigualdad extrema, del ansia de progreso que va consumiendo los territorios y las vidas que los habitan; pero todos son válidos, y hace poco favor a nuestra propia causa pretender que los ajenos pueden ser minimizados, y que nos corresponde únicamente a nosotros ocupar el máximo pedestal del horror. Es en el reconocimiento de otros dolores, y en el esfuerzo articulado por superarlos, por encontrar una forma de sanar que nos permita empatizar no solo con los inmediatamente cercanos o con quienes compartimos el manto tibio e inerte de la nacionalidad sino también con las tragedias de aquellos que no conocemos, que la patria se disuelve (expandiéndose) y se convierte en humanidad.

El Estornudo, enero 7.

SOCIALISMO EN LA CUBA DE HOY Y DE MAÑANA

Rafaela Cruz

I. LOS SOCIALISTAS PUROS

Tras 63 años fracasando en la construcción del socialismo tropical, alias castrismo, se podría imaginar que habría en Cuba una fuerte reacción popular antisocialista, parecida a la existente en Europa del Este. Sin embargo, en la isla hay dos grupos, y no minoritarios, que pretenden perpetuar el socialismo más allá del castrismo.

Lo más interesante de estos dos grupos es que sus miembros pueden encontrarse tanto del lado aún fiel al gobierno (nos referimos a los fieles por convicción y no a los muchos oportunistas que sostienen la dictadura), como del lado de la oposición más intransigente, pues como seres humanos complejos, combinan su filiación socialista con otras interpretaciones de la realidad que incluyen el patriotismo/nacionalismo, la solidaridad, la justicia y, en casos extremos, mecanismos seudorracionales para justificar los desmanes totalitarios del régimen vigente.

Este artículo lo centraremos en uno de estos dos grupos, al que llamaremos socialistas puros, dejando para el siguiente al grupo que podría considerarse más peligroso —económicamente hablando— en una futura Cuba plural: los socialdemócratas.

Para los socialistas puros, en Cuba no se ha practicado un “verdadero” socialismo. Al contrario, según su propia

interpretación de la realidad, el castrismo ha traicionado —o ha olvidado, según visión más laxa— los principios socialistas.

Estos socialistas puros se posicionan a favor o en contra del gobierno, dependiendo de cómo entiendan las razones que justifican esta “traición” u olvido de este ideal socialista. Lo que depende mucho, a su vez, de cómo se posicionen frente a la ineludible influencia de EE. UU. en el devenir histórico de la isla. Aquellos que más culpan a los yanquis de los problemas de Cuba, más justifican y comprenden la traición/olvido del castrismo y más esperanzas sostienen de reencausar el socialismo dentro del sistema actual.

La debilidad de la crítica al castrismo que pretenden estos puristas filosóficos está en que ni ellos mismos saben qué es socialismo, pues hay tantas definiciones de este como “socialistas” existen. El núcleo doctrinario, más o menos común a todas las definiciones socialistas, está en la propiedad y administración colectiva o estatal de los medios de producción —el antilibre mercado— y eso lo cumple el castrismo, con lo que es muy difícil decir que este no sea socialista.

Y si no se ponen de acuerdo en qué es socialismo, menos saben (algo que reconoció el mismo Fidel Castro) cómo “construirlo”. Así que tampoco podrían descartar que el castrismo sea, al menos, una vía hacia el socialismo; una vía que, como justifican los que se mantienen fieles al gobierno, se torció por las fuerzas malignas del “imperialismo norteamericano” y por las desviaciones dogmáticas del “socialismo real” soviético, pero que conserva su ideal intacto y por ello es aún rescatable.

Este grupo de socialistas puros es frecuente entre los jóvenes universitarios, aunque estos suelen curarse en

cuanto superan la fase escolar y se enfrentan a la vida real, más si logran acumular propiedad privada que, normalmente, detestarían “socializar”, o si se dan un viajecito, definitivo o no, al más allá capitalista.

Pero donde más extendido está este grupo y desde donde más daño hace, proporcionando soporte ideológico a la dictadura realmente existente, es en una parte muy amplia de la intelectualidad y la élite cultural criolla que desconoce, e incluso rechaza aprender, principios básicos de economía e historia, aferrándose a desfasados dogmas marxistas como el de la explotación, la plusvalía, el valor objetivo y fundamentalmente, la lucha de clases.

La resistencia ideológica al cambio en los socialistas puros es inmensa y se debe a su débil base racional. Esa irracionalidad, que podría parecer un defecto, es su mayor fortaleza, pues convierte al socialismo puro en algo más parecido a un sentimiento que a una idea.

La propia inexactitud sobre qué es socialismo lo aleja de la ciencia y lo acerca a un anhelo romántico —en su acepción ilógica— de igualdad y justicia social, por lo que es difícil confrontarlo con argumentos científicos: muy rara vez la razón le gana a la emoción o la realidad al ensueño.

Y que su núcleo actual esté en la intelectualidad y la élite cultural, se debe a la sempiterna y casi universal pleitesía (muchas veces subconsciente) que este sector rinde al poder estatal. En el caso cubano, exacerbada por el entramado institucional que controla becas, premios, promociones, publicaciones, exposiciones, invitaciones, viajes y, muy importante, las subvenciones —directas e indirectas— de las que viven muchos de estos intelectuales. Quienes, quizás o muy probablemente, en una

economía de mercado no podrían dedicarse a ser “intelectuales y artistas”, con la carga de prestigio —y privilegios en algunos casos— asociado a ese estatus.

Estos socialistas puros, acérrimos anticapitalistas que pululan en instituciones educativas superiores y culturales, son colaboradores imprescindibles (tanto como la policía política) para el mantenimiento del sistema totalitario vigente.

Del otro lado, del de los socialistas puros antigubernamentales, encontraremos el mismo ostracismo político al que está sometida el resto de la oposición. Con el inri añadido de que sus propias contradicciones intelectuales los descarta como sector valioso para conseguir una Cuba libre o, incluso, para añadir nada importante en la etapa postcastrista.

En todo caso, el recorrido de todo este sector, sin importar su posicionamiento actual con respecto al gobierno, terminará junto con el castrismo. Todo lo contrario del otro grupo, los socialdemócratas, a los que dedicaremos el próximo artículo.

II. LOS SOCIALDEMÓCRATAS

En el artículo anterior, dedicado a los “socialistas puros”, dijimos que la segunda variante del socialismo que pretende sobrevivir al castrismo, la socialdemocracia, era la mutación más peligrosa —económicamente hablando— de los muchos socialistas que aún viven y piensan Cuba.

Esa afirmación podría parecer un innecesario alarmismo, pues los socialdemócratas aceptan abiertamente que el libre mercado es imprescindible para el progreso huma-

no y, además, abrazan la democracia como organización política; dos rasgos que los diferencian tajantemente — ideológica y moralmente— de los socialistas puros.

Pero es ese nadar en dos aguas lo que los convierte en un peligro potencial para el futuro de la nación, pues al contrario que los puristas, los socialdemócratas sí arraigarán políticamente en una Cuba plural, que necesariamente tiene que dar cabida a todas las ideas. Lo funesto, es que sus concepciones económicas, basadas en el igualitarismo como ideal y camino de justicia, serían fatales para el sistema económico al que debe evolucionar, inmediata y necesariamente, una Cuba poscastrista.

Los socialdemócratas entienden al mercado como un ente irremediamente defectuoso que necesita constante regulación, intervención y control estatal (de ahí su desplazamiento teórico desde Marx hasta Keynes). Para ellos, son los políticos quienes en última instancia deben repartir las riquezas que crea la nación, no el libre mercado, al cual consideran irracional e injusto: un mal necesario.

El punto de convergencia de los socialistas puros y los socialdemócratas es su desconfianza en las leyes del mercado para obtener el máximo de “justicia social” —término bastante indeterminado— que para ellos es equivalente a niveles altos de igualdad.

A diferencia de los socialistas puros, que no tienen nada que mostrar, los socialdemócratas tienen un paradigma concreto en el sistema nórdico. Se trata de una mezcla de productividad, innovación empresarial y facilidad para hacer negocios, con altos impuestos que redistribuyen la riqueza mediante servicios públicos aparentemente eficientes y otras transferencias gubernamentales, como subvenciones o ayudas familiares.

Por carencia de espacio, no abordaremos la cuestión ética de la redistribución y la igualdad como concepto de justicia. Centrémonos en los aspectos económicos y sociales del modelo socialdemócrata y sus consecuencias para la Cuba poscastrista.

El pecado original de los socialdemócratas cubanos es olvidar que la socialdemocracia solo es posible en ambientes de prosperidad económica y en culturas específicas. A la socialdemocracia —sea buena o mala— se llega luego de haber crecido económicamente. No es un camino para el crecimiento, pues está comprobado que sus políticas redistributivas modulan a la baja el crecimiento económico. Y esto es algo que pueden permitirse países que ya son ricos, con gran cantidad de capital fijo acumulado correctamente invertido, pero no países que necesitan hacer esa acumulación y que, además, no comparten las tendencias comunitarias típicas de las culturas ancestralmente desarrolladas alrededor de Escandinavia o Asia.

Lo que hoy conocemos como el Estado de Bienestar norteamericano comenzó a gestarse en los años 30 llegando al máximo en los 80, pero antes, existió un larguísimo periodo económico de libre mercado con baja intervención estatal. Como contraparte, se puede afirmar que hoy, excepto en Noruega debido a sus vastas reservas petrolíferas, el resto de los países nórdicos (también Alemania) llevan décadas reduciendo su “Estado de Bienestar”, porque estaban perdiendo competitividad y les era cada vez más económicamente insostenible.

En esa evidencia nos basamos para afirmar que Cuba necesita máxima libertad de mercado, mínima intervención estatal, enorme flexibilidad en el mercado laboral y minúsculos impuestos (por cierto, los socialdemócratas

nunca explican que en los países nórdicos los impuestos recaen mayormente en los trabajadores, no en las empresas), para entrar en un periodo prolongado de rápido crecimiento y acumulación de capital correctamente invertido.

Lo que tras 200 000 años de estancamiento económico sacó al homo sapiens de la miseria más absoluta es el crecimiento económico comenzado hace apenas 250 años, cuando se instauró el libre mercado y los derechos de propiedad. Y no la redistribución socialdemócrata ni los supuestos derechos que esta propugna. Cuba necesita volverse a subir al tren del crecimiento, de donde la bajó Fidel Castro hace 63 años, cuando el país se acercaba a los primeros vagones.

No podemos dejar de reconocer que las ideas socialdemócratas tienen un profundo arraigo en Cuba. Para muchos se conciben como “centristas”, una manera de salir del castrismo pero sin llegar al “capitalismo brutal”. Para otros, es un modo de salvar los “logros” de la revolución en salud y educación, que no pueden concebirlos privatizados.

Creemos estar acertados si afirmamos que esta tendencia es incluso mayoritaria en la oposición cubana, aunque reconocemos —y tenemos la esperanza— que esa percepción puede estar sesgada por la visibilidad que ahora mismo tiene la oposición que está siendo más activa: la oposición que parte desde el mundo de la cultura que, por naturaleza, suele ser contrario al libre mercado.

La única cura posible contra la socialdemocracia es demostrar la eficiencia intrínseca del libre mercado y su justicia distributiva, progresivamente efectiva mientras menos intervenga el gobierno. Más aun cuando nada hace pensar que tras el castrismo, tendrá la isla un gobierno

tan eficiente e incorrupto como los nórdicos, por lo que en Cuba el poder estatal deberá ser minimizado (para evitar grandes corrupciones), y centrado en la protección de los derechos individuales como camino expedito para que más cubanos sean cada vez menos miserables.

Pero el economicismo no es suficiente, y aunque por falta de espacio no lo tratamos, la batalla ideológica sobre qué es justicia, igualdad, equidad y méritos, debe ser planteada para demostrar el sustento humanista del pragmatismo económico liberal.

Habrá muchos socialistas en la Cuba poscastrista, algo inevitable en la democracia a la que aspiramos todos, pero el progreso potencial que le reconocemos a esta enorme isla, llena de riquezas y ubicada maravillosamente cerca del mayor mercado mundial, dependerá de que las ideas socialistas no traten de convertir a un país extraordinariamente empobrecido y lleno de cubanos, en la Finlandia del Caribe, sin haber sido antes el Hong Kong o el Chile.

III. LA ALTERNATIVA LIBERAL

Dos cosas hemos querido acentuar en los artículos precedentes: primero, denunciar la complicidad de los “socialistas puros” pro-gobierno en el mantenimiento de la dictadura; segundo, alertar sobre los peligros de tomar un camino inadecuado para Cuba, representado en los socialdemócratas. Intentaremos, en este artículo final, definir una visión alternativa y defender su adecuación para la Cuba poscastrista.

Cuba es una sociedad depauperada por un virus letal llamado castrismo. Como aún estamos en esa fase,

solemos centrar el debate en como erradicar el patógeno, pero no debemos perder de vista que un organismo tan debilitado, es proclive a infecciones bacterianas que persisten incluso cuando se rebasa la enfermedad original. Cómo librarnos de esos gérmenes oportunistas es lo que debatiremos aquí.

El Estado de Bienestar escandinavo es diferente del canadiense y ambos difieren del alemán. Lo que tienen en común es la acumulación previa de capital en un entorno de libre mercado; lo que les diferencia son sus propias circunstancias histórico-culturales, en última instancia, antropológicas.

Intentar transpolar a Cuba experiencias triunfantes allá, es equivalente a usar un antibiótico muy específico sin saber cuál es el “bicho” que está infectando aquí. Como será imposible tener un diagnóstico concreto a priori, ya que no sabemos cómo interactuarán los factores políticos, jurídicos, sociales y culturales que moldearán la economía poscastrista, entonces, lo adecuado, será utilizar el antibiótico de amplio espectro que mejor resultado comprobado tiene: el sistema económico liberal.

Todo sistema económico debe responder lo siguiente: ¿Qué bienes producir, cómo producirlos, en qué cantidad y calidad, dónde producirlos y cómo distribuirlos? La respuesta que da la economía liberal es aminorar la intervención estatal como precondition para que surjan los precios de mercado, que son la información fundamental para armonizar la respuesta social a esas preguntas económicas. Y no solo de modo eficiente, sino también, si se adecuan los derechos de propiedad para minimizar las externalidades, de modo sostenible y justo: cada cual obtiene de la sociedad según aporta a esta.

Los precios de mercado son el reflejo más fiel del grado de escasez y demanda de bienes y servicios, por ello, son la herramienta fundamental para ajustar —de forma espontánea y descentralizada— producción y consumo; toda interferencia en ese sistema de señales descoordina y retrasa el progreso económico causando malas asignaciones (inversiones y gastos) de recursos.

De ahí que el rol fundamental del gobierno poscastrista no puede ser diseñado, mediante ingeniería social, la Cuba que el partido político de turno desee, sino crear las condiciones básicas para que las personas decidan su futuro. Lo cual se puede sintetizar en el lema con el que la Unión Demócrata Cristiana de Alemania (CDU) llegó al poder tras la Segunda Guerra Mundial y transformó a la RFA: “Seguridad. ¡No experimentos dudosos!” (en alemán suena mejor).

Punto neurálgico será cómo gestionará el gobierno poscastrista el ahorro —imprescindible para invertir en capital fijo— que llegará mediante inversión extranjera y, muy principalmente, mediante préstamos de instituciones supranacionales —FMI, Banco Interamericano, Banco Mundial— que sin dudas abrirán sus bóvedas a una Cuba democrática.

Lo recomendable sería que estos flujos no sean invertidos directamente por el gobierno, sino que, a través del sistema financiero que la libertad de mercado genera, se conecten estos fondos con los empresarios privados.

Esto no quiere decir que el gobierno no tenga política económica. Como encargado de la macroeconomía deberá cuidar el equilibrio fiscal y monetario, pero su rol fundamental será proteger la libertad e inviolabilidad de los contratos, proveer seguridad jurídica y estabilidad

política. Si el proceso de creación de riquezas es justo, la distribución que se obtenga es también justa.

Un estado que recauda poco es un estado que interviene poco y permite sean los agentes económicos privados los que tomen las decisiones sobre el terreno, algo que maximiza el buen uso de los recursos. Hasta dónde “el poco”, es una decisión social que deberá tener en cuenta cuidar y sostener a aquellas personas que, por razones diversas, les sea imposible aprovechar el sistema de mercado.

Es una buena guía la frase de Adenauer: “Tanto mercado como sea posible, tanto estado como sea necesario”, entendiendo ese necesario desde el realismo y el largo plazo, pues no pueden resolverse todos los problemas inmediatamente y hay que hacer ajustes dolorosos, sobre todo los referidos a la flexibilidad laboral, en un país donde lo habitual durante 63 años ha sido la estabilidad forzada.

La política monetaria, “inevitablemente” en manos estatales, deberá ser muy restrictiva para mantener estable el valor de la moneda, y debe encararse un debate técnico sobre la dolarización de la economía nacional.

En fin, en las antípodas de las políticas intervencionistas socialdemócratas, una economía liberal propugna, sobre todo, la libertad, “que no es hija del orden, sino su madre” (Proudhon), siendo orden y estabilidad lo que más va a necesitar el organismo social cubano para recuperarse de una tan larga y dolorosa infección. Solo se hará bien en conjunto, si cada persona puede hacerlo a su modo.

Diario de Cuba, enero 26, 28 y 29.

PARÉNTESIS

Isel Arango

Una *youtuber* cubana radicada en los Estados Unidos desató hace unas semanas dentro de Facebook una breve polémica sobre Disney y los estereotipos de género. La misma consideraba luego que algunos de sus críticos carecían de fundamento para rebatir sus afirmaciones solo por vivir en Cuba y no tener acceso a Disney+.

Más allá de si consumimos y cómo determinados productos culturales, a veces parece que el salir de Cuba e instalarse en el llamado primer mundo confiere automáticamente no solo una superioridad económica, sino también una superioridad intelectual que es, además, directamente proporcional al tiempo que se lleve viviendo allí. De modo que un “tú vives en Cuba” o un “tú llevas muy poco tiempo acá” se consideran alegato suficiente para legitimar o invalidar criterios en cualquier discusión. Y aunque cualquier afán justificativo es innecesario (las razones para emigrar son válidas y están a la vista de todos) a veces uno percibe cierta insistencia en algún tipo de valía moral intrínseca del hecho en sí de partir. La causa de este desasosiego sería tema para más de una investigación.

Como un simple desplazamiento no nos libera ipso facto de los efectos éticos y psicológicos del totalitarismo, el adoctrinamiento y la manipulación, estos a menudo nos generan todo tipo de prejuicios y condicionan la forma en que reaccionamos ante prácticamente cualquier estímulo moral. Es así que no faltan quienes se sorprenden y hasta

incomodan cuando al cubano en Cuba le da por ocuparse de algo más que directamente maldecir sus desgracias y al gobierno que las origina. “¿Cómo se atreven a salirse del rol de oprimidos que nos hace sentir tan bien con nosotros mismos?”, parecen decir. Y es increíble lo pronto que la vanidad nubla la memoria, porque no creo que estas personas antes de emigrar vivieran dedicadas *exclusivamente* a lamentarse y a hablar mal del comunismo, como parecen exigir. Mucho menos en público. Yo los he visto reírse, bailar, pasear, trabajar y discutir de cualquier cosa hasta el día antes de partir. ¿De qué otra forma iba a ser? Pero así haya estado la mitad de su vida en la cárcel, nadie tiene razón ni derecho para cuestionar o dictar el modo en que los demás emplean su tiempo y su energía. Todavía menos para exigir inmoluciones, ya sean reales o simbólicas, físicas o emocionales.

Hay quienes se apresuran irresponsablemente a tachar de ignorante o comunista a cualquiera que se aparte mínimamente de su guion ideológico, porque lo tienen, aunque sea por reacción. Pero los extremos se tocan, y no muy distintos son quienes acusan de homofóbico, transfóbico, racista y hasta fascista al que duda o cuestiona en algún punto sus demandas de progreso social. Entonces una misma persona (yo, por ejemplo), que no abrace incondicionalmente el paquete completo de exigencias y postulados que unos u otros proponen, puede ser catalogada en una misma semana, en un mismo día, por conocidos y por desconocidos, por gente culta y por gente sin estudios, lo mismo de una cosa que de la otra. Vivir en Cuba, pertenecer al sexo femenino, ser una mujer cisgénero, mi supuesta blanquitud, mi supuesta heterosexualidad son algunas de las condiciones que me han querido interponer en más de una conversación.

Recuerdo una entrevista para el podcast de actualidad latinoamericana *El hilo* a raíz de las protestas del 11 de julio del año pasado, donde un periodista de *El Estornudo* calificó a la “oposición tradicional” de racista y homófoba. Una oposición que sufrió persecución, cárcel y exilio cuando en Cuba no había internet ni redes sociales y la desinformación estaba a la orden del día, cuando el estigma de “disidente” era mucho peor de lo que es ahora, cuando Fidel Castro estaba en su plenitud como dictador siendo temido y venerado hasta por personas que bajito y en privado decían no estar de acuerdo con el sistema¹. Entre esos opositores, además, no faltaron personas negras. Y en cuanto a lo de machistas y homofóbicos, difícilmente pudieran ser de otra forma en el contexto que nos tocó. En la Cuba de hoy la mayoría aún lo es. No tiene sentido evaluar (y menos descartar) la totalidad de un fenómeno, una persona o un grupo según su actitud ante un problema en específico; ni todo es deducible de la clase, la raza o los roles de género y la sexualidad.

Por último, los hay de todas las posturas que cuando discuten mandan a su interlocutor a “estudiar” o a “leer”, a menudo sin conocer a quién se dirigen y a veces hasta con pocos estudios ellos mismos. También intelectuales y dizques intelectuales echan mano con sarcasmo y sin pudor de títulos y saberes especializados para legitimar sus opiniones, lo cual no sólo es menos relevante de lo que se cree, sino que denota incapacidad para argumen-

¹ El mito aún existe. El propio periodista alegaba en dicha entrevista que la falta de carisma del actual presidente había sido un catalizador del estallido popular en contraposición al difunto dictador cuya sola aparición hacía que los presentes cayeran rendidos de emociones encontradas (nota de la autora en el texto original).

tar. Dicho sea de paso, ninguna de estas cosas por sí solas son garantía de una opinión válida e informada, ni de una autoridad real en la polémica.

Percibirnos y relacionarnos mediante estigmas y etiquetas nos hace sentir más seguros frente al otro. Nos avergüenza la duda y nos asusta lo complejo. Lamentablemente la dinámica igualadora de las redes sociales, con sus burbujas de opinión y su carácter tiránicamente democrático, resulta propicia para insolencias y mezquindades de todo tipo, al menos por ahora. Y está claro que como tendencia nada de esto atañe exclusivamente a Cuba. Pero no por ello nuestro caso carece de peculiaridades.

Una española cincuentona que conocí hace unos seis años se casó con un cubano y ambos decidieron establecerse en Cuba, por lo que compraron una casa modesta a la que dedicaron la mayor parte de su tiempo y sus recursos en los años subsiguientes para, al cabo de una década, venderla con todo dentro en la tercera parte de lo que le invirtieron y marcharse, desesperada y hastiada ella, de vuelta a España porque, según decía, “los cubanos son gente mala”.

Yo no sé cuánto de verdad hay en esta generalización. Probablemente sea injusta y parcializada como todas las generalizaciones. Tampoco me la tomé tan en serio como para sentirme ofendida: no sé bien, pero me las imagino, qué causas llevaron a esta señora a esa simple conclusión. En todo caso, es obvio que lo bueno y lo malo están en todas partes. Lo que sí veo es una tendencia a humillarnos mutuamente menospreciando los conocimientos, experiencias y opiniones del otro y de aferrarnos a cualquier pretexto o circunstancia que nos ofrezca una ilusión de ventaja y superioridad.

“Los cubanos no preguntan. Creen que ya lo saben todo”, oí quejarse a alguien en otra ocasión. Tal vez lo que parece una mezcla de arrogancia, estupidez y falta de empatía no sea más que la contracara de un complejo de inferioridad (esto tal vez contenga la respuesta de lo que nos planteamos en el tercer párrafo) generado por esa perversión totalitaria de querer igualarnos a todos. Entiendo que de las peores secuelas que deja el comunismo en sus víctimas, que somos todos, dentro y fuera de la isla, es el resentimiento; y que este es en gran medida la causa del daño que nos hacemos, de nuestra forma enfermiza de socializar. Buscar el modo de superarlo es imprescindible para llegar a ser algo (pueblo, país, nación, individuos..., no lo sé), porque el resentimiento es simplemente la expresión de una moral derrotada, y si nosotros mismos no volvemos a respetarnos, está claro que el poder mucho menos lo hará.

Alas Tensas, abril 26.

TRES CAUSAS DE LA DESCOMPOSICIÓN SOCIAL QUE SUFRE CUBA

Dagoberto Valdés

I. EL RELATIVISMO MORAL EN CUBA

Es posible constatar en Cuba hoy una especie de relativismo moral que se pudiera identificar con un “todo vale” cuando se trata de una causa a defender; o un “me da lo mismo” cuando se trata de escoger; o un “compórtate de una forma en el trabajo o en la escuela, y de otra forma en la casa o en la iglesia”.

Al problema se le ha llamado por parte del padre Félix Varela como “máscaras políticas” o como “cambia colores”. Con frecuencia se le llama “doble moral”, o “doble cara”, o “cambia casaca”, o “camaleonismo” o “gatopardismo”.

Otra de las manifestaciones frecuentes en Cuba, que pudieran vincularse al relativismo moral, es la manía de justificar los errores propios argumentando que los demás los tienen y más grandes: el “y tú más”, el argumentar con un “váyase a su casa que tiene techo de vidrio”, o “esto ocurre en todos los países del mundo”.

Existe también otra forma de relativismo moral cuando ciertos analistas se empeñan en equiparar sistemas políticos buscándoles similitudes que justifiquen los errores en ambos. O los que intentan a toda costa y coste en equiparar a víctimas con victimarios, a los que reprimen con los reprimidos, a los que abusan con los abusados, a los que invaden con los invadidos, a los que matan con los que son matados.

Otros llegan a relativizar todo armándose del falso refrán de que “todo depende del cristal con que se mire”.

Todas estas formas de relativizar los comportamientos humanos y los valores universales dañan profundamente la dignidad humana y siembran matrices de opinión de que todo vale en este mundo y de que la actitud debe ser “ojo por ojo y diente por diente” y de que, a fin de cuentas, este mundo no tiene arreglo ni sentido.

El relativismo moral, el nihilismo ético, es quizá el desastre mayor de los tiempos actuales.

PRINCIPIOS Y CONCEPTOS

Considero necesario salir de este círculo vicioso, de esta trampa engañosa, porque convierte en patente de corso las injusticias más escandalosas. Creo necesario superar el lamento y la resignación. Para ello es muy necesario que nos aclaremos en los conceptos y en los principios.

Resistencia o Resiliencia

Salir del relativismo moral no es fomentar una “resistencia creativa” sino educar para la resiliencia humana. La diferencia es clave: la resistencia creativa, según se le percibe en Cuba, es la “resistencia al cambio”, es “aferrarse a lo establecido” y a la “creatividad” se le entiende como el experimento social para soportar las consecuencias de lo decadente. La resiliencia humana, por el contrario, es la capacidad de cada persona para crecer en la dificultad, para reaccionar dignamente ante la opresión,

para buscar la verdad que lo hace libre, para subirse a la cruz, sacrificarse voluntariamente por los demás, en busca de la propia liberación interior y de la libertad cívica para todos.

Ética y moral

Es necesario también aclararse en los conceptos para percibir sus diferencias. Se entiende por ética “la ciencia de aquello que el hombre debe hacer para vivir como debe, para ser aquello que debe llegar a ser, a fin de que alcance su valor supremo, a fin de que realice en su naturaleza aquello que se presenta como la justificación de su existencia, aquello hacia lo cual y por lo cual él existe” (Finance, Joseph de, “Ética generale”, Cassano-Bari, Editioni del Circito, 1975, p. 13).

Por moral se entiende “la práctica de las costumbres y normas de conducta propias de una persona o grupo o cultura sin pretensión de universalidad” (Esquivel Estrada, Noé H., “Del relativismo moral al universalismo ético y sus paradojas”. Universidad Autónoma de Puebla, Revista Lámpara de Diógenes, enero-julio-julio diciembre. Vol. 5. p. 119-138).

Relativismo moral

Según Adolfo J. Castañeda: “Como las opiniones y las circunstancias son cambiantes, ningún conocimiento o principio moral, según esta postura, es objetivo o universal. Es decir, el relativismo postula que ningún conocimiento

o principio moral es verdadero independientemente de las opiniones de las personas o de sus circunstancias, ni tampoco, por esa misma razón, es válido para todos en todo tiempo y lugar” (Castañeda, Adolfo J., “El problema del relativismo moral contemporáneo”, en Catholic.net).

Entonces entendemos que “el relativismo moral o relativismo ético es la creencia que da igual valor, legitimidad, importancia y peso a todas las opiniones morales y éticas con independencia de quién, cómo, cuándo y dónde se expresen; por tanto, las opiniones morales o éticas, las cuales pueden variar de persona a persona, son igualmente válidas y ninguna opinión de lo bueno y lo malo es realmente mejor que otra, y no es posible ordenar unos valores morales gracias a criterios jerárquicos de clasificación. Esta visión se opone a la del universalismo moral” (Cf. Swoyer, Chris (22 de febrero de 2003). “Relativism, Section 1.2” (en inglés). Stanford University).

El Papa emérito Benedicto XVI ha dicho: “Cuando el relativismo moral se absolutiza en nombre de la tolerancia, los derechos básicos se relativizan y se abre la puerta al totalitarismo”. El dilema entre el bien y el mal radica entre la conciencia cierta, bien formada y la conciencia errónea invencible, aquella que ni siquiera sabe qué hace mal, que es amoral; también está en cuáles son los principios y valores universales que deben ser los criterios para valorar las acciones concretas de personas, grupos o gobiernos; y cuáles son aquellas costumbres, valores locales, tradiciones, expresiones culturales, que deben ser respetadas y conservadas siempre que no vayan contra la dignidad, la igualdad, la justicia y los derechos de todo ser humano.

“El relativismo moral se diferencia del relativismo cultural en que este último tan solo describe el hecho de que

existen culturas con diferentes códigos morales. En cambio, el primero postula que no existe una moral universal, pues considera que toda moral es relativa a cierto sistema de valores”. Para esto es necesario el diálogo entre culturas.

Se ha logrado un consenso de que existe una ética universal, es decir, un ethos, un carácter humano inherente a toda persona, sea cual sea su cultura, historia, ideología o situación económica. Esa ética universal está expresada civilmente en la Declaración Universal de los Derechos Humanos aprobada por la ONU el 10 de diciembre de 1948.

Luego, no debe existir relativismo moral que vaya contra alguno de estos derechos universales. No se trata de que cada país, gobierno o persona, haga una interpretación de esos derechos y valores universales según su ideología o conveniencias. Se trata de que la dignidad y los derechos humanos son universales, indivisibles, irrenunciables y deben ser la norma común, el criterio de juicio valorativo, de toda acción personal, grupal o estatal.

PROPUESTAS

Salir del lamento y el relativismo con actitudes y acciones concretas:

1. Cuba, todos los cubanos, nuestras instituciones, el estado, la sociedad civil, debemos asumir, respetar, defender y promover todos los derechos humanos para todos los cubanos sin diferencia ni distinción.

2. Ninguna razón, ni ideología, ni interés nacional, ni ley, debe irrespectar, desconocer o violar ninguno de los derechos humanos reconocidos en la Declaración Universal de 1948.

3. Formar a nuestros hijos, y a todos los jóvenes cubanos, en una cultura ética de la dignidad plena del ser humano y en el respeto de todos sus derechos, libertades y deberes.

4. La familia, la escuela y la Iglesia, deben educar para que se supere el relativismo moral que inculca pensar de una manera, expresarse de otra, actuar de otra forma y simular para ocultar las diferencias y las convicciones propias.

5. Debemos luchar contra la injusticia de equiparar o igualar a las víctimas con sus victimarios. Ambos son seres humanos, pero eso no conlleva a borrar la diferencia entre el que reprime y el reprimido, entre el que abusa y el abusado. Relativizar la culpa y la responsabilidad es una de las injusticias más graves de estos tiempos. No es lo mismo, ni da lo mismo. Las víctimas deben ser reconocidas, indemnizadas, rehabilitadas y honradas. Los victimarios deben ser juzgados, sancionados y reeducados.

6. Todos los sistemas no son iguales, todos tienen limitaciones y defectos, pero no todos irrespetan la dignidad y los derechos humanos de la misma forma y cantidad; pero, lo más importante, no en todos los sistemas los poderes ejecutivo, legislativo y judicial están bajo un mismo mando.

7. Debemos superar el relativismo moral de considerar que da lo mismo un sistema o un país en que quien viola los derechos sea el mismo que los juzga. No es lo mismo tener un sistema judicial independiente a que un estado trace a los tribunales una llamada “política penal” dentro del marco sancionador.

8. La educación ética y cívica es la propuesta más importante para poder superar el relativismo moral.

Reclamémosla e impartámosla en nuestras familias.
Hasta el próximo lunes, si Dios quiere.

II. EL ANALFABETISMO CÍVICO EN CUBA

Los últimos acontecimientos en Cuba, y muchas de las reacciones de los cubanos ante cada evento, reflejan uno de los fenómenos que más perjudica y perjudicará al futuro de Cuba: el analfabetismo cívico.

En efecto, no se trata de una carencia secundaria. El analfabetismo cívico es la castración de la ciudadanía. Así como el relativismo moral es el cáncer de la ética personal y social, ser analfabeto cívico es la muerte de la ciudadanía. Después de más de seis décadas de adoctrinamiento ideológico de un solo tipo, de forma totalitaria, inducido en todo el sistema de educación, y repetido hasta el hartazgo por la propaganda en todos los medios masivos propiedad de un único partido, los cubanos somos en la práctica cotidiana comprobable más súbditos que ciudadanos.

En sus inolvidables palabras de saludo al papa San Juan Pablo II en su visita a Cuba en 1998, el muy venerado arzobispo primado de Santiago de Cuba, Mons. Pedro Meurice Estiú describió ese analfabetismo cívico así:

“Santo Padre: Deseo presentar en esta eucaristía a todos aquellos cubanos y santiagueros que no encuentran sentido a sus vidas, que no han podido optar y desarrollar un proyecto de vida por causa de un camino de despersonalización que es fruto del paternalismo. Le presento, además, a un

número creciente de cubanos que han confundido la patria con un partido, la nación con el proceso histórico que hemos vivido en las últimas décadas y la cultura con una ideología. Son cubanos que al rechazar todo de una vez sin discernir, se sienten desarraigados, rechazan lo de aquí y sobrevaloran todo lo extranjero. Algunos consideran ésta como una de las causas más profundas del exilio interno y externo... Durante años este pueblo ha defendido la soberanía de sus fronteras geográficas con verdadera dignidad, pero hemos olvidado un tanto que esa independencia debe brotar de una soberanía de la persona humana que sostiene desde abajo todo proyecto como nación” (24 de enero de 1998).

Esta descripción mantiene hoy toda su vigencia y urgencia. De esta forma, se describen las características más visibles del analfabetismo cívico como: confundir la patria con un partido, la nación con un proceso histórico contingente, la cultura con una sola ideología convertida en “religión secular”, por tanto, como una nueva forma de idolatría.

También se describen las consecuencias del analfabetismo cívico: la despersonalización, la vida sin sentido, el paternalismo, el desarraigo, el exilio interno y externo. Ahora mismo estamos viviendo uno de esos éxodos masivos.

En fin, el analfabeto cívico es aquel cubano que, por falta de formación, no sabe qué es ser ciudadano, cómo debe pensar, hablar, actuar como ciudadano, cuáles son sus derechos, sus deberes, qué es la patria, qué es la nación, qué es la cubanidad, cuál es nuestra historia verdadera, los auténticos rasgos identitarios de nuestra cultura.

Por eso, lo primero es conocer las definiciones de los términos que se relacionan con el analfabetismo cívico y su alfabetización:

Ciudadano

“El ciudadano ideal (al que las personas más ejemplares se aproximan sin poder encarnarlo plenamente) es aquel cuyas actitudes y comportamientos, tanto en el ámbito público como en el privado, se ajustan a los valores relativos a la interacción democrática (libertad, igualdad jurídica, pluralidad, tolerancia, respeto, diálogo, negociación, pluralidad y participación), al cabal cumplimiento de las obligaciones aparejadas a los distintos papeles sociales que desempeñamos (responsabilidad familiar, escolar, laboral, etcétera), a la autorrealización (sujeto autónomo cognitiva y moralmente, así como felicidad), a la ayuda al más débil (solidaridad) y a la defensa de un medio ambiente saludable y sostenible.” (Francisco Lizcano Fernández, “Conceptos de ciudadano, ciudadanía y civismo”, Polis [En línea], 32 | 2012, Publicado el 13 diciembre 2012, consultado el 07 mayo 2022).

Civismo

“Se entiende civismo como el área del saber, de naturaleza interdisciplinaria, que promueve valores —junto con las actitudes y comportamientos que de ellos se derivan tanto en el ámbito público como en el privado— relativos a la interacción democrática (libertad, igualdad jurídica, pluralidad, tolerancia, respeto, diálogo, negociación, pluralidad y participación), al cabal cumplimiento de las

obligaciones aparejadas a los distintos papeles sociales que desempeñamos (responsabilidad familiar, escolar, laboral, etcétera), a la autorrealización (sujeto autónomo cognitiva y moralmente, así como felicidad), a la ayuda al más débil (solidaridad) y a la defensa de un medio ambiente saludable y sostenible” (Ibídem).

PROPUESTAS

Como siempre en nuestras columnas, no debemos hundirnos en la queja estéril, en el lamento desesperanzado y desalentador. Cuba puede y debe salir de su analfabetismo cívico. Como también debe mejorar sus programas de instrucción, sensiblemente deteriorados. Así podrá elevar los niveles de educación, sin confundir ni olvidar que la educación de un ciudadano incluye, además de instrucción, el cultivo de valores y principios, la formación del comportamiento y la práctica de las virtudes personales, familiares y cívicas.

Para ello, hacemos las siguientes propuestas:

1. La familia debe ser el primer semillero que siembre y cultive los valores y las virtudes que se deben fomentar en el hogar. Esto no es una opción, es una obligación gravísima de los padres, abuelos, tíos, tutores, padrinos y parientes. Es notable la ausencia y necesidad urgente de esta formación moral y cívica.

2. Se debe incluir en todos los niveles del sistema de enseñanza en Cuba un Programa de Educación Ética y Cívica que sea sistemático y progresivo. Para ello proponemos usar el nuevo libro de texto publicado por el

Centro de Estudios Convivencia con 14 cursos adaptados a los diferentes niveles. Es notable la ausencia y necesidad de la formación cívica. (Disponible gratuitamente).

3. Las iglesias deben incluir, en sus programas de formación, la educación ética y cívica para poder contribuir a la sanación del daño antropológico sin lo cual la vida religiosa se ve sensiblemente lesionada. El libro de texto citado puede ser un útil instrumento para esta formación humana. Es notable su ausencia y necesidad.

4. Los diferentes grupos de la sociedad civil, los partidos políticos, los periodistas independientes, los artistas y escritores, los activistas e influencers, deberíamos incluir en los diferentes programas de formación, la educación ética y cívica. El libro de texto mencionado está disponible para cualquiera que lo desee utilizar para trabajar en esa formación ciudadana. Es notable su ausencia y necesidad.

Creo que el futuro de Cuba dependerá de una forma radical y decisiva de la superación, desde ahora mismo, de esa gravísima falta que es el analfabetismo ético y cívico. Todos somos responsables ahora de remediarlo, cada uno en su ambiente, y todos seremos responsables de las consecuencias negativas que sufrirá el futuro de Cuba si no ponemos manos a la obra.

III. LA SUPERSTICIÓN EN CUBA: INSTRUMENTO DE DOMINACIÓN

Considero que la superstición forma parte de una trilogía de fenómenos que, junto con el relativismo moral y con

el analfabetismo cívico, son tres de las causas principales de la gran descomposición social que sufre Cuba hoy.

Comienzo por distinguir para no confundir. Cuando me refiero a la superstición no estoy identificándola con diversas religiones o cultos vividos con fe y con coherencia por los creyentes que las profesan. Para todos ellos mi respeto y sentimientos de fraternidad. Por tanto, lo primero es distinguir la fe de la superstición. Incluso personas que vivimos una religión estructurada, histórica y teológicamente fundamentada, con frecuencia nos encontramos con hermanos nuestros de la iglesia que cultivan o mantienen supersticiones de todo tipo.

¿QUÉ ES UNA SUPERSTICIÓN?

Lo primero es saber identificar este fenómeno. Tener claro su diferencia con la religión o con una creencia racional puede ser de mucha utilidad para nuestro comportamiento personal, familiar y social.

Según el Diccionario de la Universidad de Oxford, superstición es la “creencia que no tiene fundamento racional y que consiste en atribuir carácter mágico o sobrenatural a determinados sucesos o en pensar que determinados hechos proporcionan buena o mala suerte”.

Según el Centro de Psicología de Madrid: “Las supersticiones son creencias irracionales según las cuales se considera que un objeto, acción o circunstancia, sin una relación objetiva con una situación vital de la persona, puede influir en ella” (Damisch et al., 2010). Implican que un elemento externo a la persona (un objeto, un ritual, etc.) se convierta en determinante para el curso

y resultados de los acontecimientos. (PSISE, Servicio de Psicología Clínica del Desarrollo. Unidad de Observación y Diagnóstico Funcional.)

¿Le atribuimos a “un objeto, acción o circunstancia”, que no tenga relación objetiva con nuestra existencia, un poder mágico sobre nuestra vida cotidiana? Por ejemplo, tocar madera, viernes 13, pasar por debajo de una escalera, mecer un sillón...

ALGUNAS CAUSAS DE LA SUPERSTICIÓN

El Servicio de Psicología del Desarrollo del mismo Centro de Madrid continúa describiendo algunas causas de la superstición:

“Esto se debe a que la superstición se alimenta de la incertidumbre ante situaciones incontrolables (Vyse, 1997, p.201), en las que la persona presenta expectativas y experimenta niveles elevados de estrés (Whitson & Galinsky, 2008; Keinan, 1994). Los comportamientos y creencias de tipo supersticioso tienden a aparecer en circunstancias relacionadas con un tema específico, como por ejemplo el estudio, el trabajo, las relaciones interpersonales, el rendimiento deportivo, etc.” (Jahoda, 1969).

La incertidumbre de la vida cotidiana, las situaciones incontrolables por la voluntad personal o social, los elevados niveles de estrés, las circunstancias adversas o inciertas relacionadas con el estudio, el trabajo, la convivencia social, son algunas de las causas relacionadas por este

centro de estudios psicológicos. Entonces, podemos comprobar que todas estas causas imbricadas entre sí, existen en Cuba, trastornan nuestra vida cotidiana y empujan a muchos cubanos, sean religiosos o no, a entregarse a la superstición, o a ser dominados por aquellos que se valen de ella para manipular las conciencias de los demás.

¿QUÉ CONSECUENCIAS TIENE SER SUPERSTICIOSO?

El mismo estudio citado nos presenta algunas de las consecuencias de la superstición en nuestras vidas:

“El comportamiento supersticioso sirve para regular la tensión psicológica que sentimos al querer alcanzar un objetivo, creando un sentimiento de control y predictibilidad ante situaciones percibidas como caóticas y fuera de control” (Keinan, 2002; Schippers & Van Lange, 2006; Damisch et al., 2010).

Para tomar el control y las riendas reales de nuestras vidas, considero muy importante despertar nuestra percepción de que la superstición puede ser usada por poderes civiles o religiosos para manipular el comportamiento ciudadano, condicionar las respuestas a las crisis y mantener el control de las conciencias. Esto es posible porque, según la investigación mencionada, en su análisis general, llega a concluir que la superstición “regula la tensión psicológica”, crea un falso “sentimiento de control y predictibilidad” y sirve para manejar a conveniencia el miedo “ante situaciones percibidas como caóticas y fuera de control”.

La relación identificada entre el miedo a la incertidumbre, el descontrol y el caos de la existencia cotidiana, con el incremento de la superstición, puede servir para explicarnos por qué en Cuba ha aumentado, espontáneamente o de forma inducida, la superstición, sea con ropaje seudo religioso o con la vulgar superchería que llena los vacíos existenciales de los cubanos con la impostura, el fraude y la simulación. Echar fuera de nosotros la responsabilidad es otra forma de control de la sociedad.

EL PADRE FÉLIX VARELA Y LAS *CARTAS A ELPIDIO*

Sin embargo, debo decir que la desgracia de la superstición como opio de la vida de los cubanos no es nuevo en esta isla. Ya en el siglo XVIII, el Padre Félix Varela identifica en las *Cartas a Elpidio*, su obra cumbre de eticidad, tres males contra los que alerta y educa a “Elpidio”, símbolo de la juventud cubana. En la Segunda Carta, dedicada a la lucha contra la superstición, el Padre Varela expresa:

“¡Qué horrible me pareció en aquellos momentos el monstruo de la superstición! Ella ha separado a los hombres de su Dios y de sí mismo, ella ha acibarado el corazón humano; ella ha inquietado las familias, incendiado las ciudades, asolado las naciones y cubierto el orbe de víctimas de su crueldad. Apenas puede abrirse una página de la historia sin notar sus estragos. Ella ha hecho gemir al saber, gloriarse la impiedad, desmayar la energía, elevarse la impudencia, decaer la religión y erigirse la infame hipocresía.”

Es bueno destacar la gravísima valoración que hace Varela del fenómeno de la superstición en Cuba y los profundos daños que acarrea, sea en el plano personal como en la vida cívica: la separación de los hombres de Dios y de sí mismos, el daño a la familia, la violencia en las ciudades, la desolación en las naciones, el daño al saber, el crecimiento de la impiedad, la anemia de la voluntad personal y la anomia en el compromiso cívico, que Varela llama “desmayar la energía”, agregando la decadencia de la religión y el incremento de la hipocresía. Un verdadero desastre antropológico y cívico.

PROPUESTAS

1. Cuba debe salvarse de la superstición y de su utilización perversa para dominar la inteligencia, los sentimientos y la voluntad de los cubanos. Es igualmente impresionante cómo esta deformación humana ha llegado también a la diáspora cubana en todas las latitudes.

2. La propuesta y la herramienta fundamental para erradicar la superstición es la educación, la formación de las conciencias, el cultivo de la inteligencia emocional, el empoderamiento de la voluntad.

3. Las familias cubanas deben cuidar que no se transmita en el seno del hogar las prácticas supersticiosas de los mayores que los niños y adolescentes copiarán, dañando así su propia personalidad y su conducta en la sociedad.

4. Los maestros y profesores deberían distinguir, muy cuidadosamente, entre la fe y la práctica religiosa, de la superstición en todas sus manifestaciones para ayudar a sacar a los estudiantes de las supercherías de esta última.

Entre creencia religiosa y superstición puede haber una fina línea que no debería transgredirse para no violar el derecho a la libertad religiosa. La educación ética y cívica serviría para establecer esa distinción desde la escuela.

5. En las iglesias se debería también brindar una sólida formación religiosa tanto para niños, adolescentes, jóvenes y adultos, con el fin de no provocar la confusión entre el culto religioso, y los ritos mágicos propios de la superstición. Se trata de ayudar a los creyentes a desincrustar de la fe, y de la práctica religiosa, aquellas falsas creencias e irracionales costumbres que desfiguran a la religión.

Cuba necesita sanarse de estas tres dolencias: el relativismo moral, el analfabetismo cívico y la superstición. Estas tres conforman, junto con otras, el síndrome del daño antropológico. Las tres debilitan al ser humano, deforman la vida ciudadana y son instrumentos de dominación en manos del poder.

Convivencia, mayo 2, 9 y 16.

TRANSICIÓN PACÍFICA EN CUBA, MI PROYECTO

Pedro Armando Junco

Miguel Díaz-Canel Bermúdez:

Me dirijo a usted por reiterada ocasión y a todo riesgo, puesto que luego de la primera misiva pública que le hice, obtuve por resultado a la par de su silencio, mi expulsión de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), organización de la que fui miembro durante treinta años.

Pero me he sentido nuevamente impulsado a escribirle al escucharlo en sus últimas apariciones televisivas expresar la necesidad de atender los planteamientos de la población y, en caso de no poder resolver todas sus inquietudes, al menos explicarles las limitaciones y comprometerse en ayudar a resolverlas.

Lastimosamente, desde las voces del poder prácticamente se desconoce y silencia toda proposición opositora y se le tilda de enemiga o mercenaria, sin tomar en cuenta que los gobernantes inteligentes son dados a escuchar las críticas, prestos al estudio de los análisis y dispuestos a poner en práctica las soluciones certeras cuando encuentran razones en ellas. No es así la terquedad de los autócratas que se creen los más diestros en implementar gobiernos y tener siempre la razón de su parte.

En aquella vieja misiva me quejaba con toda justicia de las tiendas de MLC por no ser la moneda con que se compra en ellas la que recibe el pueblo trabajador de

Cuba. Y le recomendaba también abrir francamente la economía sin trabas burocráticas ni demasiados entremetimientos estatales, para que el cubano productor se sintiera estimulado y lo diera todo por producir más y mejor, y así, enriquecerse.

Pero ahí están plantadas las tiendas en MLC y vacías las en moneda nacional, con una galopante inflación. Defenestrar a Murillo y sustituirlo por Gil no ha cambiado nada el resultado miserable de esa gestión, poco se logra con eliminar al aparente culpable si no se elimina la culpabilidad. Y sobre la apertura económica que le sugerí, inventar MIPYMES con lacitos al cuello de los productores por el mítico miedo a que un particular se enriquezca produciendo bienes, tampoco ha resuelto ni va a resolver el problema de la miseria en Cuba, ni el éxodo masivo de nuestros jóvenes. Es un crimen de lesa humanidad que el cubano, para progresar honestamente, tenga que hacerlo lejos de su país.

Recuerdo que terminé aquel mensaje con unos versos escritos en mi adolescencia, que presagiaron lo que unos días después fuera el levantamiento popular del 11 de julio. Se los repito:

*...porque los pueblos que sufren
Como la ortiga que llora
Cuando de sufrir se aburren
Echan veneno en las hojas.*

Hasta los más ilusos se percatan y hasta los menos inconformes suponen que otro próximo 11 de julio va a estallar en breve tiempo a despecho de otra apertura desintegradora de la nación cubana vía Nicaragua y el

encarcelamiento de cientos de jóvenes, cuyo único delito fuera gritar en público, sacar un cartel, ser coautor de una canción contestataria o realizar un performance con la bandera cubana. Hasta recuerdo la vez que usted también vistió un pulóver con la bandera de la patria.

Mejor sería poner en libertad de inmediato a todos los presos políticos cubanos, porque están presos injustamente y a usted mismo no le hacen favor frente a otros gobiernos de izquierda que hoy colman el continente y ven en Cuba, Venezuela y Nicaragua una triada de antidemocracias muy dañinas para el futuro regional que pretenden construir unidos. Esos jóvenes presos le hacen mayor daño a su gobierno allí que sacando cartelones en la calle, porque dentro de sus celdas se hacen líderes y no son para obviar ejemplos de presos políticos como Nelson Mandela, quien al cabo de veinte años de presidio derrotó el *apartheid*, fue presidente de Sudáfrica y brilla hoy como un símbolo en la historia política universal.

La situación del país es insostenible. El pueblo está al borde de otro estallido social y su gobierno no cuenta con recursos —a no ser represivos— con qué resolver este caótico escenario. Es necesario un espacio para los que piensan diferente y proponen cambios.

Solo el reconocimiento oficial de una oposición pacífica con todas las garantías de respeto a sus derechos humanos y el diálogo franco y bien intencionado de ambas partes, podrán abrir el camino de la estabilidad y el bienestar para toda Cuba, pacíficamente.

He aquí mi propuesta para la transición pacífica en Cuba.

Pasos previos:

1 Reconocimiento oficial de la oposición cubana. Si el actual gobierno de Cuba quiere representar una genuina democracia, está obligado a reconocer a la oposición, ya que la palabra “democracia” desde su raíz griega, significa gobierno de las mayorías; por lo tanto, se desprende que cuando haya una mayoría, debe existir forzosamente una minoría, o el concepto quedaría en un sinsentido evidente.

2 Respeto irrestricto a las libertades de reunión, prensa y manifestación, especialmente a toda manifestación pacífica que sea llevada a cabo mediante consignas, carteles, o cualquier medio masivo de información.

3 Libertad de todos los presos políticos del país.

4 Libertad económica sin ataduras estatales, para los principales campos productivos de servicios y bienes de consumo.

Segunda parte:

5 Consulta popular (plebiscito) verificable por instituciones no gubernamentales independientes, y extranjeras, con solo dos opciones: continuidad o cambio de sistema.

En caso de ganar el cambio:

6 Revocación de la constitución actual, y puesta en vigencia provisional de la de 1940.

7 Creación de nuevos partidos políticos con garantías y prerrogativas.

8 Elecciones en un tiempo no menor de seis meses ni mayor a un año después del plebiscito.

9 Otorgamiento del poder de manera pacífica y armónica a quien resulte ganador en las elecciones.

La Hora de Cuba, junio 28.

EL DULCE CASTRISMO DE MIAMI

Carlos Manuel Álvarez

Las caras públicas de la comunidad cubanoamericana de Miami, y también muchos ciudadanos, o residentes que están en vías de serlo, o tarjeteros con órdenes de deportación, se preguntan alarmados cómo llegan a la ciudad, todo el tiempo, tantos periodistas, funcionarios de rango y hasta militares o policías del castrismo. ¿Y adónde se supone que iban a llegar? Acuden al lugar al que pertenecen. Miami, lo que a bote pronto entendemos por tal, es la capital en negativo del castrismo, algo gracioso y trágico y patético a un tiempo, un enclave modulado por los procedimientos elementales de esa doctrina, el enemigo necesario. Gritería, conservadurismo mesiánico y fanatismo *express*, debilidad por las consignas, vigilancia perezosa y chivatería barata cuyas víctimas, la mayor parte de las veces injustificadas, sufren una especie de acoso y descrédito mediático por unos pocos días, hasta que la legión de *influencers* chillones y reporteros soñolientos de la provincia Oposición Butaca escoge un nuevo punto de atención. Cabe decir también que muchos de esos periodistas, funcionarios de rango, militares y policías recién llegados van a sumarse, luego de un tiempo prudencial, cuando ya nadie se acuerde de quiénes son, y hasta ellos mismos lo olviden, a las filas de los que saltan alarmados con el arribo de sus semejantes. Se trata de una operación típica del converso, que milita con más ardor que nadie en la obediencia del presente porque intenta borrar con histeria la mancha de su pasado.

Miami está repleta de gente que restriega su vida para blanquearla y que, mientras más la restriegan, más la ensucian. Los que el miércoles iban a Cuba, el jueves dicen que nadie puede ir. Los que migraron, piden que cierren la frontera. Los que jamás enfrentaron siquiera a la logopeda de la primaria, exigen que la gente se tire a la calle de inmediato a coger palos y calabozo, solo para que ellos, desde Kendall o Hialeah, puedan seguir teniendo a quien defender. El otro pone el cuerpo, yo hablo por él. Nadie debe romper ese contrato de lucha a muerte —muerte ajena— contra el comunismo. Hay algo extremadamente irónico en el hecho de que Miami sea considerada un bastión de resistencia contra las ideologías totalitarias y que establezca esa resistencia justo con los métodos que dice detestar.

La ciudad es una parodia. El batallón de seguidores cubanos de Trump va por ahí husmeando el aroma comunista de los cuerpos, preguntándose alarmado, con el ceño fruncido, fingiendo mano dura, de dónde viene ese mal olor, quién se nos infiltró ahora. ¡Pero ese olor viene de ellos mismos! Recuerdan a un perro mareado y estúpido tratando de morderse su propia cola. Como el castri-mo es en realidad una máquina de producir fachas, esta cuadrilla va contra el aborto y los negros, a favor de las armas y la cacería de brujas, y pregona una altura moral que ellos mismos, con honores y redobles de tambor, se han otorgado. Ven el comunismo en todas partes y no lo dejan morir en paz, porque en realidad son los guardianes del comunismo. Representan un poco también esos niños medio retardados que el resto de los muchachos no sabía qué hacer con ellos, y de repente les decían: “Quédate acá en esta esquina y vigila que nadie pase, es de suma

importancia tu tarea”. Pero la tarea no tenía importancia alguna, esa esquina no le interesaba a nadie, y los muchachos se iban a otra parte a seguir su juego. Así le hizo el hombre blanco gringo a los furibundos cubanos republicanos de Miami cuando los puso a custodiar el cadáver insepulto de la Guerra Fría. Es una ficción que se justifica a sí misma y que va a caerse como un castillo de naipes el día que alguien diga lo que todos piensan. Se trata de una conspiración ilusoria, una deformación del rostro de la ciudad que, sin embargo, sigue generando dinero, poder económico. En cuanto los ciudadanos, la historia o el hartazgo común decidan desmontar la carpa, muchos negocios políticos van a caer. Miami no va a arribar plenamente a la posibilidad moderna del capital hasta que no se sacuda ese fardo y esa bulla sorda.

Sin embargo, hay otro Miami, generoso e inclusivo, que serpentea vibrante por debajo de su caricatura. Me atrevo a decir que es un Miami mayoritario, un Miami que trabaja la condición de exilio desde la memoria imaginativa y la pertenencia a los circuitos de vida posnacionales, entendiendo la cultura como una puerta de entrada a los demás, no como un feudo particular o excluyente. He presentado mis libros dos veces en ese Miami. La última ocasión fue la semana pasada. A pesar de haber presentado libros muchas veces, en muchos lugares, nunca me ha sobrecogido tanto ninguna presentación como las que hice en Coral Gables. Una en una iglesia protestante, otra en la exquisita librería Books & Books. Me pregunto cuándo ese Miami, en el que he percibido tantas tendencias políticas, pero en ningún caso la sombra del castrismo, va a tomar las riendas políticas de la comunidad. ¿Nunca? ¿Pronto? ¿Va a suceder? Ahí

ubico desde mi amigo el diseñador Alejandro Barreras hasta el arquitecto Rafael Fornés. Uno vota demócrata, otro apoya a Trump. Creo que nadie sabe más de Miami que ellos dos, y ambos son, simplemente, una fiesta de la curiosidad y las ideas.

Para que entendamos esta relación especular entre Miami y La Habana, ciudad de fondo no mencionada cuyo fantasma ronda incesante el sur de la Florida, podemos tomar el caso de los opositores políticos que llegan al exilio. Son individuos que, lamentablemente, pierden de inmediato su singularidad. Los someten a un proceso de homologación, de homogenización. Lo que una dictadura hace es dictar, ponerte en la boca lo que tienes que decir. En Cuba, el opositor político es alguien que gana su libertad. En Miami, ese mismo opositor suele perderla. En Cuba, el ciudadano que no decide confrontar, en un sentido o en otro, al poder visible, vive con palabras ajenas en la boca. En Miami es al revés, justo el ciudadano que se aparta de la discusión costumbrista sobre el régimen cubano es quien se convierte en un sujeto libre, quien construye su lenguaje particular.

Ese dictado del exilio, ¿en qué consiste? Como todo discurso totalizante, no es un discurso difícil, sino profundamente didáctico. Funciona a través de unas pocas palabras o símbolos claves. La bandera gringa extendida a tus espaldas; el reconocimiento de que eres invariablemente de derecha, sepas o no lo que eso quiere decir; la renuncia a casi cualquier debate o propuesta que amplifique los métodos de denuncia o de participación cívica; la acusación frívola, que cae sobre cualquiera que no nos guste, o que se salga del guion establecido, de agente de la policía castrista, utilizando para ello la misma fantasía

deductiva con la que los verdaderos agentes de la policía castrista te acusaban en Cuba de trabajar para la CIA. Por último, el aprendizaje del latiguillo que agradece vivir en tierras de libertad, cuando la libertad nunca está en la tierra, sino en el aire. Hace poco, una joven opositora recién llegada al exilio dijo en un programa de *streaming* que ella era de centroderecha. Quizá sea verdad, pero, independientemente de que lo sea, me pareció una respuesta muy sintomática, tan triste como risible. Soy lo que ustedes quieren que sea, pero no tanto, déjenme un pedacito de lo que fui. Había alguien ahí que no quería aceptar completamente la palabra que Miami le estaba poniendo en la boca, pero que tampoco iba a rebelarse contra aquel procedimiento. Su breve desvío revelaba toda la operación traumática que descansa tras los convencimientos políticos del exilio aparentemente plural o diverso. Muchos emigrados parecen asombrarse ahora de que artistas como Gente de Zona, o tantas otras figuras pop del momento, no se muestren tan combativos contra la dictadura cubana como ellos suponían o hubiesen querido. Pero ¡qué esperaban!, si consiguieron esas adiciones a golpe de amenazas y chantaje económico, entre *bullying* y boicots. La simulación a veces se olvida; nadie puede fingir tanto como pretende aquel que te ha reclutado y te ha impuesto sus convicciones sin permitirte entenderlas.

Aun así, la otra Miami, la que yo habito, parece cada vez más pujante. Cualquier día el verdadero territorio emocional de la ciudad va a ocupar sin permiso el mapa que le corresponde.

El Estornudo, junio 29.

LECTURA ANTIRRACISTA SOBRE LA MUERTE DE OTRO JOVEN AFROCUBANO

Alexander Hall Lujardo

La muerte de Zinadine Zidan Batista Álvarez a manos de las autoridades policiales, fue reportada en horas de la tarde del viernes 1ro de julio de 2022 y ha conmovido a gran parte de la sociedad cubana. Las primeras noticias que circularon en redes sociales, mediante videos y testimonios de los presentes, ilustran el incidente como resultado de un altercado que ocasionó el despliegue de un operativo policial que culminó en el fatídico suceso.

No pretendo asumir en este texto una perspectiva hecológica de las circunstancias en que se produjo la muerte de la víctima; procuro más bien arrojar luces sobre las condicionantes que ocasionan la reproducción de estos eventos, bajo dinámicas similares de una recurrencia llamativa, que han provocado el deceso de varios ciudadanos de piel negra en intercambios violentos con miembros armados del Ministerio del Interior.

Zidan Batista se suma a otros jóvenes afrodescendientes que recientemente han perdido la vida a manos de la Policía Nacional Revolucionaria (PNR) como resultado del uso letal de la fuerza. El listado está precedido por: Hansel Ernesto Hernández Galiano (24 de junio de 2020), Yamisel Díaz Hernández (5 de julio de 2020) y Diubis Laurencio Tejada (12 de julio de 2021). Este tipo de hechos se produce en circunstancias en que la oficiali-

dad alega peligro para su vida como elemento justificativo de tales procedimientos.

En todos los casos predomina en la institucionalidad la ausencia de un protocolo para tramitar demandas ante las autoridades, así como la contratación independiente de profesionales para el esclarecimiento de los hechos e indemnización económica de los familiares afectados. En tal sentido, persiste un escenario de opacidad que favorece al aparato del estado en detrimento de los derechos ciudadanos.

Este desamparo resulta aún más lacerante cuando quienes se ven involucrados en estos acontecimientos son personas que viven bajo condiciones de pobreza y preterición económica, como resultado de la histórica desventaja que caracteriza la diferenciación socioclasista. Dichos argumentos han sido avalados por estudios sociológicos, históricos y antropológicos que dan cuenta de la desigualdad que persiste entre los distintos componentes del país.

Según una investigación efectuada por el Centro de Antropología de la Academia de Ciencias de Cuba en los años noventa, el 58 % de los blancos considera que los negros son menos inteligentes, el 65 % de la muestra afirma que estos no tienen valores ni decencia, mientras que un 68 % asevera estar en contra del matrimonio interracial. El elevado por ciento de personas con esa mentalidad se ampara en una racionalidad que reafirma el predominio de un imaginario racista ampliamente extendido.

En el 2019, un estudio desarrollado por el instituto alemán GIGA (German Institute of Global and Area Studies) arrojó que el 98 % de las empresas privadas en Cuba son propiedad de personas blancas. El mismo análisis ratificó

que el 50 % de este componente es poseedor de una cuenta bancaria contra el 11 % de personas negras. En cambio, solamente el 3 % de ellos alega haber viajado al extranjero, mientras el 31 % de las personas blancas ha gozado los beneficios de semejante privilegio.

La realidad descrita evidencia una gran diferenciación clasista por color de piel, elemento que incide en la reproducción de actividades al margen de la legalidad entre personas negras, sector que presenta además elevados niveles de desempleo, según las cifras del último censo publicadas en el 2016.

Todo ello provoca que muchas de las actividades realizadas por las personas de mayor melanina en la piel estén ceñidas a normas cívicas que tipifican determinadas conductas en ámbitos carentes de condiciones para una vida digna, lo que contribuye a la extensión de patrones asociados a la marginalidad como elemento intrínseco de su comportamiento. A su vez, esto ocasiona que sean más proclives ante las autoridades a la solicitud de identificación, realización de cacheos, así como detenciones por sospecha de delito. Y aunque el estado cubano no ofrece datos estadísticos al respecto, los especialistas refieren que la mayoría de la población penal está compuesta por sujetos racializados.

El imaginario delincucional sobre las personas negras y mestizas se encuentra sustentado, además, por condiciones de vida relegadas a los peores sitios de convivencia, caracterizados por el abandono estatal, la insalubridad y el deterioro de una infraestructura que deja pocos márgenes a la inserción social. Este proceder se agudiza por la extensión de estereotipos que visibilizan al negro(a) como no apto para determinadas actividades laborales,

por considerarlo carente de condiciones acordes a empleos que demanden la presencia de un paradigma estético apegado a patrones eurocéntricos.

¿NECROPOLÍTICA?

La violencia episódica del accionar represivo está usualmente acompañada por el predominio de una violencia sistémica, que relega a los afrocubanos(as) a los peores espacios de remuneración, lo que incluye sitios de segregación que generan la expansión de desigualdades y una restricción en su capacidad de compra. Téngase en cuenta que por cada dólar que recibe un afrodescendiente, las personas blancas pueden ser capaces de aperebir hasta cinco veces más. A tenor con ello, se perpetúan sus condiciones de marginación, atendidas de manera poco eficiente por las autoridades, que proponen estrategias de reparación y asistencialismo epidérmico no dirigidas hacia la raíz estructural del fenómeno.

El contexto cubano no está caracterizado por la definición *necropolítica*, propuesta por el teórico y filósofo Achille Mbembe. Este autor enuncia que, como resultado del modelo neoliberal que tiene lugar en el continente africano, la vida humana se convierte en fin mismo de la acumulación capitalista; a diferencia del pasado esclavista de la modernidad, donde el sujeto negro era entendido como mero *instrumentum vocale* en los ciclos de obtención de las riquezas, a través de las relaciones sociales de producción establecidas.

No obstante, el escenario antillano adquiere expresiones más evidentes de capitalización que endurecen la

vida de los afrocubanos(as). Dado su endeble situación económica, estos han pasado a ocupar los peores sitios del trabajo asalariado bajo deprimentes garantías laborales. A su vez, el aumento en los niveles de pobreza e inseguridad alimentaria inciden en su deterioro económico, al tiempo que los efectos de la escasez tributan hacia una severa restricción en sus niveles de consumo.

Estas condicionantes desvían parte importante de sus actividades al sector no legal del mercado, debido a la incapacidad gubernamental para garantizar la viabilidad de un modelo que ofrezca bienestar social por vías convencionales. De tal manera, esto contribuye a la extensión de estrategias criminalizadas que, sumado a la *violencia sistémica* en la reproducción de patrones de dominación, obstaculizan las alternativas autonómicas de emancipación y auto organización, cuyo marco restrictivo lesiona su prosperidad e independencia económica, subordinada al verticalismo estatal y/o la servidumbre que implica la sujeción a las lógicas del capital privado.

El predominio de este depauperado escenario refleja la ausencia de posibilidades para el mejoramiento cualitativo en la vida de los subalternos. De igual forma, predomina la inexistencia de acciones afirmativas dirigidas a revertir los efectos de la desigualdad.

A su vez, resulta evidente la carencia de metodologías adecuadas en los órganos policiales para un tratamiento humanista hacia la población afrodescendiente, como debe caracterizar el desempeño descolonizado de las autoridades. Todo ello reafirma los enormes desafíos para enfrentar el racismo sistémico que predomina en la sociedad cubana, al tiempo que resulta indiscutible la responsabilidad del estado en su sostenimiento.

A pesar de que las instancias gubernamentales alegan la ausencia de racismo institucional, resulta aberrante la forma en que el Ministerio del Interior justifica el uso desproporcionado de la fuerza mediante la emisión de una declaración en la que reproduce los marcos estigmatizantes de la criminalización, cuando exalta —contra toda norma ética y accionar responsable— los antecedentes policiales del fallecido, acto que pretende resaltar un prototipo delincencial en quien ha sido en realidad la víctima mortal del desenlace y padece las consecuencias orgánicas de la opresión.

LA SOLUCIÓN DEBE SER ESTRUCTURAL E INCLUSIVA

Para el abordaje del fenómeno racial, las instancias gubernamentales han optado por atrincherarse en: discursos triunfalistas, omisión de estadísticas, adopción de prácticas excluyentes hacia el activismo crítico, predominio de una concepción paternalista/colonial de matriz estadocéntrica, instrumentalización de la racialidad en función de intereses populistas, a la vez que han adoptado estrategias que promueven la condición de “eterno agradecimiento” que se aparta de los propósitos emancipatorios.

La conjunción de esos factores poco contribuye a la resolución definitiva de un asunto complejo, que requeriría una transformación estructural y participación política inclusiva, tanto de la amplia composición ciudadana como de aquellos actores que han sido fundamentales en la visibilización del fenómeno.

La situación demanda además una extensión de valores antirracistas, potenciación de espacios culturales que

reivindiquen las tradiciones afrodescendientes, gestión de alternativas económicas de reparación racial, consecución de nuevas herramientas teórico-metodológicas en los niveles de formación educacional, incorporación a los medios de comunicación de los numerosos aportes realizados desde diversos campos de las ciencias sociales, mayor transparencia de los informes públicos para la realización de análisis certeros y penalización de las acciones discriminatorias, como se ha realizado en otros países de América Latina.

Igualmente, es impostergable la adopción de estrategias integrales dirigidas a erradicar el flagelo de la composición social del país, al ser esta una de las deudas históricas del proyecto revolucionario jamás saldadas con la población residente de la isla, a pesar de las reiteradas promesas instrumentales sobre su definitiva erradicación.

La Joven Cuba, julio 5.

CUBALANDIA: UN PAÍS QUE EXISTE A MEDIAS

Darío Alejandro Alemán

Hacia casi un año de mi llegada a México cuando visité con mi esposa un bar restaurante que encontramos por casualidad en la nueva barriada a la que nos mudamos. El menú era una variada lista de platos bastante sencillos. Casi por instinto pedí la “torta cubana”, aunque no supiera exactamente de qué iba.

El platillo resultó ser varias plantas de milanesa, carne frita, pavo, jamón, quesos, lechuga, tomate, aguacate y una fina capa de frijoles encerradas en dos tapas de pan: un sándwich ostentoso, que retaba y vencía la capacidad de mi mandíbula. Lo disfruté, lo recomendé, fui otras veces a probarlo y hasta invité a gente cercana a comerlo. Siempre tuve la oportunidad de elegir cualquiera de las muchas opciones del menú, aunque solo fuese por curiosidad o capricho del paladar, pero la verdad es que estaba muy feliz de haber descubierto la “torta cubana”. Comida de Cuba, de mi tierra, cu-ba-na.

Tardé en percatarme del autoengaño. No hay ni hubo en Cuba tal cosa llamada “torta cubana”. Su origen real, dicen, es mexicano, específicamente chilango, de cuando en la calle República de Cuba, en el centro de Ciudad de México, vendedores de comida sin mucha creatividad para bautizar sus ofertas comenzaron a servir “tortas” repletas de todo lo que encontrasen. Sin embargo, durante un tiempo hubiese jurado que me recordaba al país que

un año antes había abandonado, donde jamás probé algo similar y a nadie se le ocurriría mezclar queso y frijoles en un pan.

La experiencia me hizo pensar en las deformaciones de la realidad que pueden sucederse en la conciencia del emigrado y el exiliado, casi siempre asociadas al país de origen. La consecución de pequeños autoengaños como el de la “torta cubana” termina, irremediablemente, por dar forma a un imaginario construido desde la nostalgia y la esperanza, que nos hace creer real lo que en verdad es una proyección del deseo, una ficción. Es decir, comenzamos a habitar en la distancia un país que no existe ni existió.

A ese país, por cuestiones didácticas, le llamaré “Cubalandia”.

Es difícil asumir que se extraña un lugar que no existe. La idea de que se lucha y se sufre por un país que no es del todo cierto, con gente que tampoco es del todo cierta, puede resultar tan terrible como absurda en un primer momento; por tanto, es natural que se rechacen a priori semejantes afirmaciones. Siempre hay quien prefiere los juegos de sombras en la pared de la caverna platónica y acepta la píldora azul antes que la roja.

La construcción imaginaria de Cubalandia es un proceso de autoengaño mediante el cual, inconscientemente, algunos comenzamos a cambiar nuestra percepción de la realidad isleña. El corolario de los elementos descartados y ponderados en esa reconfiguración de nuestra visión es un lugar que valdría la pena añorar, por el que a todas luces deberíamos “luchar” y “sufrir”.

Dicho esto, debe entenderse que Cubalandia no es enteramente veraz ni ficticia. A menudo se trata solo de una

redistribución arbitraria —maniquea y moralista— de culpas, que divide a los cubanos en malos y buenos absolutos, en victimarios y víctimas absolutos, en culpables e inocentes absolutos: es la reducción de lo real a las lógicas simples de un cuento infantil.

En 1961 se celebró en Israel el juicio contra Adolf Eichmann, el cerebro detrás del sistema logístico y de transporte que durante el nazismo hizo del exterminio judío un proceso mecánico veloz y eficiente. El proceso fue seguido por medios de prensa de todo el mundo. Uno de ellos, *The New Yorker*, tuvo el buen tino de enviar como corresponsal nada más y nada menos que a Hannah Arendt.

Arendt, filósofa y humanista interesada en el estudio de los totalitarismos, sumó a su informe del juicio algunas consideraciones que terminarían por dar forma al libro *Eichmann en Jerusalén*. Fue en este texto donde acuñó el que sería un concepto muy discutido desde entonces: “la banalidad del mal”.

Muchos arremetieron contra Arendt y su categoría, la cual intentaba explicar que Eichmann no era el “monstruo” o el “pozo de maldad” pura que la prensa y los dolidos sobrevivientes de los campos de exterminio decían. Para la pensadora judía, el acusado era parte de una estructura mucho mayor conformada por sujetos “insignificantes”, más o menos como él: funcionarios y burócratas que cometieron actos de “genocidio contra la humanidad” movidos más por el instinto de obedecer y el deseo de escalar en la jerarquía política alemana que por

un odio visceral hacia la comunidad hebrea. *Eichmann en Jerusalén* señala el colaboracionismo y la irracionalidad de los individuos como dos de los pilares fundamentales que sostienen cualquier régimen totalitario. Incluso, en algún momento se acerca a tabúes como el hecho de que hubo judíos que ayudaron a los nazis en la identificación de otros miembros de su comunidad que terminaron alimentando los campos de concentración. El texto de Arendt fue duramente criticado en Israel, donde resultaba más cómodo reducir la memoria del Holocausto al resultado natural de una maldad diabólica, y hacer de Adolf Eichmann un árbol de proporciones suficientes para cubrir ese terrible bosque.

Apenas dos años después, Stanley Milgram, psicólogo en la Universidad de Yale, echó mano a los rezagos positivistas de la época para intentar corroborar o negar las ideas planteadas por Hannah Arendt. Mediante una serie de pruebas en las cuales varios sujetos fueron capaces de infligir daño físico a otros desconocidos (en realidad no lo hicieron, aunque ellos creían que sí) por algo de dinero y, sobre todo, por el mero hecho de cumplir una orden que les eximía de responsabilidad, Milgram demostró que la “banalidad del mal” es una realidad latente y con un potencial que se extiende más allá de lo que las democracias occidentales consideran regímenes totalitarios. Una década después, tras visitar su experimento, el psicólogo estadounidense concluyó que el principal descubrimiento de sus estudios era “la extrema buena voluntad de los adultos de aceptar casi cualquier requerimiento ordenado por la autoridad”.

Uno de los rasgos distintivos de Cubalandia es que en ella no suele haber cabida para la aceptación de la banali-

dad del mal. Quienes construyen este país semificticio hablan de totalitarismo, pero una y otra vez parecen obviar una constante: este tipo de regímenes hace que una considerable cantidad de ciudadanos opere, más o menos inconscientemente, en los engranajes de un sistema que actúa contra sus iguales. El totalitarismo apela a la irreflexión de las masas, y también a cierta autopercepción de inocencia en los individuos, que consiste en una anulación de toda responsabilidad por actos atroces con la excusa de que estos fueron realizados por orden de otro. Nada es más natural que escudarse en la coacción, en culpar al “otro”, que bien puede ser el superior inmediato en una jerarquía burocrática determinada, unos pocos líderes, una entelequia como “el sistema”.

Cualquier régimen totalitario depende para sobrevivir de la complicidad de muchos que actúen en favor del poder con algo más que silencio y aceptación. De tal forma, la construcción imaginaria de Cubalandia desde el exilio pasa por esquivar con éxito cualquier asomo de señalamiento ético serio. Se evade, incluso, lo que es una cuestión de aritmética elemental: un centenar de miembros de la élite no puede subyugar por sí solo a millones de personas por más de seis décadas. De manera inconsciente y “por necesidad”, escondemos bajo el tapete el hecho de que los contramanifestantes del 11J, esos que fueron movilizados por el gobierno, una parte de los cuales tomaron las calles armados con palos, eran tantos como los que salieron a exigir libertad y respeto a los derechos humanos; que el 1 de mayo no fueron un puñado de funcionarios quienes desfilaron bajo el sol para legitimar la dictadura; que los policías, militares y cuadros políticos son también ciudadanos y suman una cantidad nada despreciable de

personas; que existen delatores y colaboradores con los órganos represivos del régimen y no son pocos... Esas dolorosas verdades son también, y en gran medida, Cuba. Cubalandia, por su parte, es más inspiradora.

Cubalandia se divide en unos pocos “malos muy malos” y muchas “víctimas del sistema”.

Cubalandia es un estandarte de lucha y esperanza.

Para cuando Willy Chirino estrenó su icónica canción, más de una generación de exiliados había crecido —una incluso había envejecido— segura de que nuestro día ya viene llegando. Esa certeza, tres décadas después, sigue viva. Durante más de medio siglo, muchos sintieron en infinidad de ocasiones la cercanía de ese momento, de “nuestro día”. Sin embargo, no deja de resultar curioso que en tantos años hayan sido pocos quienes, objetivamente, pensaron que la caída del régimen estaba aún muy lejos. Cubalandia, una nación siempre próxima a ser libre y próspera, es tan antigua como el castrismo.

La construcción de ese país semi-imaginario es un proceso que se vive tanto individual como colectivamente. Convertimos el conjunto de ideas que conforman nuestra utopía en un elemento decisivo en la conformación y cohesión de determinados grupos de exiliados o emigrados a los que pertenecemos o queremos pertenecer.

Los cambios en nuestra percepción de Cuba se deben a desfases. El primero de estos ocurre en el momento mismo de instalarnos en otra realidad, cuando empezamos a notar la distancia espacial —y también tempo-

ral— que nos separa de la isla. Esta distancia luego muta —a veces influenciada por la pertenencia o la aspiración de pertenecer a un colectivo con el que compartimos o creemos compartir ciertos valores y experiencias— en una divergencia entre la realidad y nuestro deseo.

No hay nada extraordinario ni complejo en todo esto; se trata solo de los resortes y las consecuencias del deseo. Y el deseo por sí solo puede llevar a una frustración existencial de la cual nos defendemos, de manera casi instintiva, mediante la abstracta reafirmación de sus posibilidades. Eso que llamamos “esperanza” es una estructura endeble e incapaz de sostenerse por sí sola, que necesita del autoengaño. Comenzamos entonces a habitar una mentira —o verdad a medias, si se quiere—, y nace así el país que queremos que sea.

Por supuesto, no existe una sola Cubalandia, sino que esta difiere tanto como nuestras experiencias individuales, las características de los grupos con los que nos identificamos y las de las sociedades que habitamos. Tampoco todos los cubanos emigrados o exiliados participan de este imaginario, pues hay quien no necesita de esta invención para mantener vínculos afectivos con su país, su cultura, con la gente que quiere y tal vez no vuelva a ver en la vida. No todos buscan este anclaje para manejar con éxito sus “duelos” —que es como los psiquiatras llaman al proceso de asimilar las pérdidas socioculturales y afectivas que enfrentan los migrantes—, ni lo aceptan como tarjeta de membresía de una comunidad cuyo principio de cohesión es la creencia compartida en una Cuba que no es.

Para 1540 era común que en las plazas y tabernas de España y sus colonias se hablase de las maravillas de “El Dorado”. La creencia colectiva en una ciudad de oro escondida en los intrincados parajes paganos de América ganaba cada vez más fuerza gracias a los curas, esclavistas y aventureros que aseguraban su existencia. El miedo a los peligros que esperaban en tierras desconocidas paralizó muchas tentativas expedicionarias, pero no la empresa del explorador Hernán Pérez de Quesada.

Ese año, Pérez de Quesada financió y dirigió un viaje a través de las agrestes selvas de Suramérica con la única intención de descubrir la maravillosa ciudad. Se dice que salió al frente de 300 españoles, mil 500 indios, 300 caballos y 800 cerdos, de los cuales, apenas dos años después de iniciada la travesía, quedaron 64 españoles, cuatro indios y 18 caballos. Pérez de Quesada regresó a Quito arruinado y sin el más mínimo indicio sobre la ubicación de El Dorado.

Lo anecdota histórica nos deja una lección tan obvia como valiosa.

Creer en Cubalandia, de tan cómodo que es, impide ver más allá de la fantasía. Nos convida a formar guetos a la vez que fortalece nuestra idea de comunidad y nos hace sentir menos extranjeros. Pero esto también atenta contra la posibilidad de integrarnos del todo en las sociedades que nos acogieron como exiliados o emigrados y aprender de ellas cuestiones que podrían ser útiles —tanto para incorporarlas como para descartarlas— en la construcción de una democracia en Cuba. Esta ausencia de análisis crítico de otras realidades, unido a la “incultura” política

que nos llevamos al partir de Cuba, es responsable de que desde el exilio muchos prediquen indiscriminadamente abstracciones como “sociedad democrática donde se respeten los derechos humanos” sin tener la más remota idea de, simplemente, qué significan esas palabras o del reto que implica llevar esto a la práctica en las condiciones reales de la isla.

Por otro lado, la redistribución de las culpas y las simplificaciones inconscientes atentan contra la posibilidad de encontrar soluciones factibles al problema cubano. Inventarnos un país para mantener una cruzada personal y comunitaria significa que dicha cruzada está llamada a liberar algo que no existe tal y como lo pensamos. Así, las soluciones, iniciativas y proyectos que proponemos no son los que necesita Cuba, sino Cubalandia.

No enjuiciar éticamente a otros y a nosotros mismos, no reconocer las pequeñas dosis de complicidad con el régimen de muchos en la isla y de un gran sector de los que hoy están fuera —“los arrepentidos”, “los manipulados”, “las víctimas del sistema”—, pudiera justificarse como acción política. Siempre será más fácil ganar adeptos convirtiéndolos en víctimas absolutas que juzgándolos como victimarios parciales, sobre todo porque, de hacer esto último, se estaría responsabilizando a una considerable cantidad de personas. Sin embargo, los intentos de “borrón y cuenta nueva” suelen ser detonantes de fracturas sociales que podrían definir el tipo de democracia que construyamos. El vacío ético y la irreflexión de la masa no son del todo definitivos, como tampoco lo es el olvido. Creer en Cubalandia o aceptar creer en ella por conveniencia no significa que la realidad desaparece por completo, y es muy probable que los viejos rencores resurjan

de vez en cuando y tarden muchas décadas en resolverse por completo. No existen las transiciones perfectas, solo algunas mejor planeadas que otras y, por ende, menos dolorosas. Ese es el precio a pagar en las postdictaduras.

Pese a lo anterior, podríamos encontrar una utilidad política en la construcción de una Cuba semi-imaginaria de la que muchos participamos. Cubalandia no es solo un autoengaño, sino también un ensayo (de proyecto) de transición en el cual, inconscientemente, distribuimos las culpas de forma tal que la responsabilidad del mal de la dictadura termina por ser endilgada a unos pocos, mientras los demás nos percibimos como víctimas que necesitan ser resarcidas y merecen la democracia que una minoría les privó mediante el terror. Cubalandia puede ser, en fin, nuestro simulacro más exitoso de reconciliación nacional. El mejor remedio hasta ahora conocido para disimular los efectos de eso que algunos llaman “daño antropológico”.

El Estornudo, agosto 5.

LOS CONGELADOS DE MI REFRIGERADOR

Jorge Ángel Pérez

Casi me pongo a llorar cuando encontré a Fidel Castro en mi refrigerador, en su parte más alta, en esa a la que nosotros llamamos: “el congelador”, esa parte que enfría con un poco más de fuerza. Y fueron el congelador y su vacío enorme los que me provocaran tantas ganas de llorar, y hasta de gritar. Confieso que lloré, lloré en serio y sin recato, y alto, tan alto que no dudo que pudiera escucharme algún vecino; lo mismo el de los bajos que los que están a ambos lados, incluso el patrullero parqueado en los bajos de mi casa.

Y la verdadera causa del llanto tuvo que ver con unas huellas de sangre en el congelador, de esas que deja el pollo cuando se congela y se descongela luego, y se congela y se vuelve a descongelar, y así hasta el infinito. Y es que la sangre es muy persistente, sobre todo cuando pasa por esos procesos de congelación y de helado desangramiento. Y también nadaban en agua unos papelitos que a veces recorto y en los que escribo nombres que meto luego en una vasijita con agua para congelarlos, los nombres que están en los papelitos, las personas que responden a esos nombres que están en los papelitos.

Así que aparecieron esos papelitos nadando en el agua que antes fuera hielo, gracias al apagón larguísimo. Y allí flotaba, ensangrentado, el nombre de Fidel Castro. Bien claro que se leía aún. Resulta que acostumbro a congelar a quienes hacen daño. Acostumbro a congelar a Fidel Castro, mi madre me enseñó y yo lo sigo haciendo,

aunque esté muerto y cremado, aunque esté encerrado en Santa Ifigenia. Aun así, yo hago lo mío, y lo congelo, porque conozco al diablo y también sus fuerzas, y por eso también entumezco dentro del hielo a Raúl Castro y a Díaz-Canel, incluso a otros, porque supongo que así, congeladitos, podría ponerlos a mis pies, a los pies de casi todos los cubanos. Así es que yo congelo, pero los comunistas descongelan con sus perpetuos apagones.

Resulta que este país es mucho más que un “eterno Baragú”, como ellos aseguran. Lo que ciertamente es este país es un eterno proceso de congelación seguido por otro de descongelación, de alumbrones y apagones, de inestabilidades. Yo los congelo y los apagones los descongelan. Y confieso que todo este rollo que armo me hace creer a veces que los tendremos a nuestros pies, sin que entienda yo, por caprichoso, que en un país como el nuestro los apagones les favorecen. Yo los congelo y los apagones los descongelan. Y quizá todo ese rollo que armo me mantiene entretenido, y congelando.

Confieso que tras cada apagón, tras cada proceso de descongelación, agarro el papelito con sus nombres y los increpo, y les hago exigencias, y hasta les dedico algunos improperios. Y el colmo de todo, al menos mi colmo, es que me ha dado por llamar Fidel Castro a mi congelador. La idea no creo que sea tan novedosa y tiene antecedentes en esa manía cubana y comunista de verlo en todas partes, incluso en estos días del desastre en Matanzas². Quizá por

² Se refiere al accidente ocurrido el 5 de agosto de 2022 en la Base de Supertanqueros de Matanzas, dejando un saldo de más de una decena de fallecidos, entre ellos bomberos y jóvenes del Servicio Militar, además de cuantiosas pérdidas económicas.

eso me puse a hacerle fotos a mi congelador descongelado y vacío, y aseguré que allí estaba Fidel, ese ubicuo Fidel que aparece en todas partes, pero más en los grandes episodios de miseria, en los desastres, en las grandes escaseces, incluso en los vacíos totales, como el de mi refrigerador. Solo que Castro no nos llega como el salvador. Nos llega como el gran culpable de todos los desastres.

Si los “comunistas” consiguen, caprichosamente, verlo junto a los rescatistas en Matanzas³, yo lo miro en mi despensa vacía, en mis toallas raídas, deshilachadas, en las sábanas agujereadas, en los heridos taparrabos con los que me he visto obligado a lidiar. Fidel está, aunque no de cuerpo presente, en la sauna a la que llamamos guagua, y también lo miro en los deshechos filamentos de mi cepillo dental, y luego en las caries, en la amalgama que no consigue rellenar las caries, restaurar las piezas dentales destrozadas, en todo el dinero que debo desembolsar si es que quiero reparar mi “cajeta de dientes”.

Y sí, lo veo en esas caries dentales y en los raídos filamentos de los cepillos que limpian a los dientes, cuando hay dientes. Yo veo a Fidel en las gingivitis que podrían desencadenar una piorrea. Y lo veo en los taparrabos que se corren, que van cayendo para dejarnos desprotegidas esas partes pudendas. Yo veo a Fidel Castro en las toallas deshiladas, tan deshilachadas que me hacen pensar en esas telillas que recubren a las cebollas.

Y es por eso que congelé a Fidel Castro, para que permanezca muerto y lejos, para que no aparezca en Matanzas ni en La Habana, en ningún sitio. Y también congelé

³ Durante las labores de rescate en el siniestro, varios simpatizantes del régimen afirmaron ver la silueta de Fidel Castro en una nube.

a Raúl Castro, a Díaz-Canel, de la misma forma en la que congelé los pedazos de pollo que compro a precios altos. Preferiría congelar otras cosas, pero siempre termino poniendo esas tirillas de papel en las que antes escribí el nombre de Fidel, de Raúl..., y de algunos otros, solo que no hay vasijas para tanta gente, y el agua escasea, pero confieso que me encantaría tener allí a toda la nómina del Comité Central del PCC, y a cada uno de los que se sienta en las sesiones de la Asamblea Nacional.

Mi refrigerador está vacío, y hasta se me antoja que, como yo, está muy expectante y en espera de que se abra la puerta y caiga algo, quizá unas postas de pollo, algo de cerdo y de pescado. Mi refrigerador está vacío y yo expectante, deseoso. Y quizá también por eso congelé a Fidel y a Raúl, a Miguel DC, quien, por supuesto no es, como Washington, Distrito Capital. En fin, mi refrigerador está vacío. Mi refrigerador solo tiene a Díaz-Canel, a Raúl Castro, incluso a Fidel Castro, en plan congelación.

Y quizá yo sea un ingenuo, pero no me mortifica, porque la ingenuidad es una especie de “sinceridad natural” que puedo contraponer a los fingimientos de esos a quienes tengo congelados. Quizá soy muy ingenuo, pero eso no es tan malo, porque Schiller me enseñó, hace ya mucho tiempo, que la ingenuidad es una especie de representación de la infancia perdida, aunque confieso que desde muy niño anduve en esos procesos de congelación, en aquel refrigerador viejo y enorme. En aquel Westinghouse hice mis primeras congelaciones, entre las que estuvo la primera de Fidel Castro, que siempre me estuvo machacando.

CubaNet, agosto 16.

EL ROPAJE DEL SILENCIO Y EL TRAJE NUEVO DEL EMPERADOR

María A. Cabrera Arús

En 1994, el gobernante cubano Fidel Castro asistió a la Cuarta Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno, en Cartagena de Indias, vistiendo un traje inusual. En lugar del icónico uniforme verde olivo que lo había distinguido durante 35 años de gobierno, una elegante guayabera blanca, confeccionada en ese país y regalo de su amigo el escritor colombiano Gabriel García Márquez, reseteaba la imagen de quien era la encarnación viviente de la Revolución Cubana y del régimen político en que esta devino. A las siguientes cumbres, Castro asistirá vestido de traje y corbata, si bien en el ámbito doméstico continuará vistiendo de verde olivo, en medio de la mayor crisis de la historia cubana reciente.

El 31 de julio de 2006, se dio a conocer por la televisión nacional que, debido a una inminente cirugía intestinal, Fidel Castro cedía temporalmente el poder a favor de su hermano Raúl. Un año y medio después, el 19 de febrero de 2008, el líder máximo renunciaba de manera definitiva a la dirección del gobierno, y el 19 de abril de 2011 dejó también la jefatura del Partido Comunista de Cuba (PCC), igualmente asumida por Raúl Castro. Tras su retiro de la política, el anciano exguerrillero colgó para siempre el uniforme, viéndosele —las pocas veces en que apareció en la prensa plana o televisiva— con camisas sencillas de mangas cortas o cardiganes de marcas in-

ternacionales como Adidas, Fila y Nike. Cuando el 25 de noviembre de 2016 la televisión cubana anunció su muerte, los más jóvenes solo recordaban al octogenario decrepito de los últimos años.

La imagen que presidió sus exequias oficiales, sin embargo, fue una foto que Korda tomó en 1961. Una copia a tamaño natural acompañó la mesa donde se exhibieron las medallas y condecoraciones que Castro había acumulado durante su larga carrera política. Otra, gigante, cubrió la fachada del edificio de la Biblioteca Nacional, a uno de los costados de la Plaza de la Revolución, donde tantos discursos incendiarios pronunció a lo largo de cinco décadas, y desde cuyo portal había aceptado, el 26 de julio de 1959, en una de las más grandes manifestaciones populares de la historia de Cuba, regresar al puesto de primer ministro al cual había renunciado el mes anterior debido a discrepancias políticas con el entonces presidente Manuel Urrutia Lleó. Otras muchas fotografías iguales, de dimensiones pequeñas, fueron distribuidas entre los asistentes a las diversas actividades programadas durante los nueve días que duró el duelo oficial. Nadie vio su cadáver ni existen fotos de este. Quien personificara en vida la Revolución y su régimen político era recordado en su muerte mediante unas pocas reliquias. *Símbolo fue y en símbolos fue velado*, pudo haberse escrito en su epitafio, parafraseando la famosa frase bíblica.

La muerte de Fidel Castro no tuvo incidencia en la identidad sartorial del régimen más allá de la efímera apoteosis de la iconografía verde olivo durante su funeral. En octubre de 2010, dos años después de asumir la presidencia, Raúl Castro le había dado un giro semiótico nacionalista a la imagen de su gobierno, declarando la

guayabera prenda oficial para las ceremonias diplomáticas y de estado. El hermano menor se quitaba el traje de general para ponerse el de administrador, descartando así una parte importante del *attrezzo* de la puesta en escena revolucionaria a favor de una estética de “normalización”.

Para entonces, el desmontaje —que no la crítica, mucho más veterana— de la etiqueta verde olivo había ya comenzado desde “abajo”, es decir, por parte de la sociedad civil. En 2003, un grupo de madres y esposas de 75 disidentes encarcelados durante la llamada Primavera Negra de ese año había comenzado a reunirse cada domingo para asistir a misa en la iglesia habanera de Santa Rita de Casia, patrona de las causas imposibles. Iban vestidas de blanco. Salían luego en procesión por la Quinta Avenida de Miramar con una fotografía de su familiar preso y un gladiolo. El uso de la ropa por parte de las damas de blanco para visibilizar sus demandas políticas fue novedoso en un país donde por más de cuatro décadas el gobierno había regulado los parámetros vestimentarios. El blanco, símbolo de la paz y la pureza, se ubicaba en las antípodas del militarismo que representa el verde olivo; del mismo modo que los gladiolos con que honraban a sus familiares representan una alternativa al colectivismo estatal. Cuando los presos de la Primavera Negra fueron liberados, en 2011, este colectivo de mujeres continuó luchando a favor de la democracia y el fin del presidio político, si bien en los últimos años han perdido mucho protagonismo y prestigio debido a divisiones internas y crisis de liderazgo.

El arte, en cambio, ha producido con más sistematicidad y efectividad —si esta se mide a partir de la popu-

laridad de las propuestas— un imaginario alternativo al verde olivo cuya diversidad de estilos y colores busca no solo representar la pluralidad política y social de la Cuba de hoy, sino también reformular el contrato social, proponiendo uno participativo. El siguiente recorrido sitúa los eventos y narrativas principales en la articulación de este nuevo imaginario.

En el año 2009, la artista Tania Bruguera presentó en la Décima Bienal de La Habana el performance *El susurro de Tatlin #6*: ofreció un podio y un micrófono, por espacio de un minuto, a todo el que quisieran hacer uso de la palabra; los improvisados oradores estaban escoltados por dos actores vestidos de verde olivo. A diferencia de otras obras que instrumentalizan el verde olivo como símbolo de una hegemonía sometida a crítica, el performance de Bruguera vacía este signo de su significado habitual y lo coloca al servicio de la ciudadanía. Bruguera interviene la relación asimétrica estado-sociedad, en que la soberanía es ejercida por el primero, y pone a los militares, cuya función ha sido preservar el poder, del lado de la ciudadanía. De haber sido suspendido su performance *in media res*, me ha dicho la artista, el público hubiera visto a agentes vestidos de civil —los organizadores de la Bienal— bajar del estrado y llevarse detenidos a los agentes de verde olivo —los actores contratados por Bruguera.

El 17 de diciembre de 2014, horas después de que los gobernantes de Cuba y Estados Unidos anunciaran el restablecimiento de relaciones diplomáticas entre ambos

países, Bruguera propuso una iteración de esta performance. En una carta abierta a Raúl Castro, Barack Obama y el papa Francisco, los tres artífices de la reconciliación, demandó que el gobierno cubano pusiera en marcha “un proceso de transparencia política en donde tengamos todos un espacio de participación y el derecho a tener una opinión diferente que no sea castigada”. También exigió:

que se autoricen las calles para manifestar pacíficamente cualquier opinión ya sea a favor o en contra de una decisión del gobierno o para exigir derechos políticos y sociales, sin que esto incluya represalias hacia los manifestantes. Que se reconozcan legalmente asociaciones y partidos políticos que tengan diferentes puntos de vista del oficialismo. Que se descriminalice el activismo cívico, la sociedad civil y aquel que tenga un punto de vista diferente. Que se legalicen los partidos políticos nacidos del deseo popular y se dejen proponer en las próximas elecciones todos los partidos políticos que se quieran presentar. Que se establezcan unas elecciones directas. Que las discrepancias ideológicas se resuelvan con argumentos y no con actos de repudio.

Por último, Bruguera llamó a los cubanos a participar, ese 30 de diciembre, en una nueva entrega de *El susurro de Tatlin #6*, que proponía realizar en la Plaza de la Revolución. “Abramos todos los micrófonos y que se escuchen todas las voces [...]. Hoy me gustaría proponerle al cubano donde quiera que esté que salga a las calles el próximo 30 de diciembre a celebrar [...] el principio de sus derechos civiles”, concluyó.

Este performance, como ha dicho el periodista Carlos Manuel Álvarez, “no es más que la Revolución misma”. Mas no se trata de la Revolución que tomó el poder el 1 de enero de 1959, de la cual sería, en todo caso, el comienzo del fin. Una ola de represión y encarcelamientos de disidentes, activistas y periodistas, incluida la propia Bruguera, fue la respuesta oficial. Poco más de un año después, el 8 de abril de 2016, el Instituto de Artivismo Hannah Arendt (INSTAR) abrió sus puertas en la casa de Bruguera, en La Habana Vieja, con el objetivo de empoderar a la sociedad civil y, según la propia artista, lograr “que el futuro de Cuba esté en manos de los cubanos”.

A REY MUERTO, ¿REY PUESTO?

Diez años después de asumir el poder, en abril de 2018, Raúl Castro traspasó la presidencia a Miguel Díaz-Canel Bermúdez, un gris cuadro político de provincias que ascendió en la jerarquía partidista hasta convertirse en el favorito del menor de los Castro, quien lo eligió sucesor —tres años después, también le cedería el liderazgo del PCC. En su primera alocución como presidente, Díaz-Canel apeló al imaginario sartorial fidelista: “la Revolución sigue de verde olivo”, dijo, en parte como promesa, en parte como garantía de continuidad, y quizá también como reconocimiento tácito de los límites de su poder. Díaz-Canel, primer jefe de estado cubano en casi 60 años que no posee aval guerrillero o militar, fue la apuesta raulista para comunicar una aparente transición hacia un régimen civilista. En eventos nacionales, el sucesor de los Castro vistió a veces de guayabera, e incluso, en oca-

siones más distendidas, con camisas de mangas cortas y polos de marcas extranjeras, que le valieron el apodo de “Puma boy” por parte de una *youtuber*. Pero si alguna ropa caracterizó a Díaz-Canel durante los tres primeros años de su administración fue el traje y la corbata. Salvo la añosa y cada vez más menguada élite guerrillera, que a cada rato saca sus uniformes y estrellas de generales, el canelismo temprano comunicó una identidad más corporativista que revolucionaria.

Este cambio de imagen no se tradujo a otras esferas de la vida política. El poder de la vieja guardia guerrillera en la estructura partidista y gubernamental no cambió de manos; las principales fuentes de riqueza nacional siguieron administradas por militares; el servicio militar continuó siendo obligatorio, y del limitado presupuesto estatal continuaron destinándose importantes partidas para las fuerzas armadas—incluido, como se vio tras el estallido social del 11 de julio de 2021, el equipamiento de fuerzas antimotines. Esta desconexión entre la proyección civil del gobierno y el control militar de la sociedad no solo indica los límites fácticos del poder canelista; expone también la falta de voluntad de la actual clase política cubana para impulsar reformas que atiendan las demandas y necesidades de una sociedad compleja y transnacional que sufre una creciente desigualdad. Sectores cada vez más amplios carecen de acceso a servicios y recursos que antes garantizaba el Estado, mientras este último no reconoce—o viola sistemáticamente— diversos derechos políticos y civiles.

La promulgación en julio de 2018 del decreto 349, que estableció que “all artists, including collectives, musicians and performers, are prohibited from operating in

public or private spaces without prior approval by the Ministry of Culture”, según denunció Amnesty International, suscitó la respuesta organizada de un grupo de artistas, que articularon una serie de acciones públicas de protesta a través de códigos sartoriales o, de modo más general, mediante el uso del cuerpo y su presentación en el espacio público. Los artistas Luis Manuel Otero Alcántara y Amaury Pacheco, el rapero Soandry del Río, la actriz Iris Ruiz y la curadora Yanelys Núñez Leyva — quienes a fines de ese año fundarían el Movimiento San Isidro (MSI) para “para promover, proteger y defender la plena libertad de expresión, asociación, creación y difusión del arte y la cultura en Cuba, empoderando a la sociedad hacia un futuro con valores democráticos”— organizaron una protesta frente al edificio del Capitolio de La Habana, sede de la Asamblea del Poder Popular, diez días después de la publicación del Decreto en la *Gaceta oficial*. Los activistas planeaban arribar al lugar de manera independiente y, una vez allí, untarse el cuerpo con excrementos y desplegar un cartel con el lema: “Arte Libre. No al Decreto 349”; pero solo Núñez Leyva pudo llevar a cabo la acción (filmada por Ruiz) debido a que los demás activistas fueron interceptados por la policía cuando se dirigían al lugar.

Este tipo de acciones, apuntaba la crítica de arte Janet Batet, “perfilarán la nueva avanzada de la sociedad civil cubana, (...) a la que se suman en olas sucesivas nuevos actores”. Al año siguiente, Otero Alcántara, un artista de formación autodidacta, realizó el performance *Drapeau* (2019), palabra francesa que significa “bandera” y cuya etimología sugiere la idea de “manto que envuelve la piel (*peau*)”. Por espacio de un mes, y durante las 24 horas

del día, Otero Alcántara cubrió su cuerpo con una bandera cubana, y se fotografiaba con ella mientras realizaba diferentes actividades cotidianas para, según declaró, cuestionar los conceptos de “patria, identidad, nacionalismo, que siempre son herramientas que usa el poder”.

Esta resignificación de la bandera como objeto de uso cotidiano replantea los conceptos que el símbolo representa para dar origen a una visión del nacionalismo como un constructo ideológico que está al servicio de todos los cubanos. El artista fue encarcelado y acusado de ultraje a los símbolos patrios y desacato a la autoridad por su performance; mas, como refiere Batet:

Para ese entonces, la obra de Luis Manuel Otero Alcántara, dispositivo crítico emplazado en la zona de disenso, se había anclado como *arte de contacto* y era capaz de sobrevivir como eco por sí sola. La reacción fue inmediata. La bandera cubana inundó las redes como acto de protesta siguiendo el *hashtag* #LaBanderaEsDeTodos. Se movilizó la comunidad artística y público general.

A inicios de 2020, Otero Alcántara anunció que subastaría la bandera de *Drapeau* y donaría el dinero al gobierno cubano para contribuir al control de la pandemia de coronavirus, ofrecimiento que las autoridades rechazaron y calificaron de ridículo. Este colofón, como apunta la historiadora del arte Anamely Ramos, replanteó el rol del artista —y, en última instancia, de la sociedad, cabe agregar—, presentándolo como fuente de solidaridad hacia el estado y, por tanto, como origen del poder de este último. El discurso artístico de Otero Alcántara, como el

de Bruguera, actúa *en y desde* la realidad sociopolítica, transformándola en un espacio de empoderamiento y participación. Según Batet: “La operatoria desde el disenso abre vía [...] a la posibilidad de una *realidad otra* que se crece [...] no como mero acto de fabulación de un mundo imaginario sino como el *replanteamiento de lo “real”* y con ello la construcción de *nuevas relaciones entre la realidad y la apariencia, lo individual y lo colectivo*”. Y es esta cualidad la que distingue la acción de Otero Alcántara de otros discursos artísticos que han utilizado también la bandera cubana como tropo de la crítica sociopolítica; entre los cuales el más cercano al gesto de Otero Alcántara es la fotografía con que Cirenaica Moreira Díaz (n. 1969) inauguró su serie *Ojos que te vieron ir...* (1994–1996), “Sin título” (1994), tomada poco después del estallido social conocido como “El Maleconazo”. La artista aparece apenas cubierta por una pesada bandera cubana que se escurre hacia el suelo, incapaz de proteger la vulnerabilidad de su desnudez.

Un año después del performance de Otero Alcántara, el 16 de febrero de 2021, los cantantes Yotuel Romero, el dúo *Gente de Zona* (Alexander Delgado y Randy Malcom), Descemer Bueno, Maykel Castillo (Osorbo) y Eliecer Márquez Duany (El Funky) estrenaron el tema “Patria y Vida”. La canción, de género urbano, desecha el “Patria o Muerte” fidelista; afirma que los representantes del gobierno “están sobrando”, y expresa el derecho inalienable a la patria y a la vida digna y próspera en ella. En el videoclip oficial, los cuerpos mestizos de los artistas están vestidos de manera inconspicua, o bien aparecen con el torso desnudo. Yotuel, intérprete principal, tiene escrita sobre el pecho la frase que da título al tema,

derecho preterido que se presenta, así, como reclamo visceral. Osorbo, como Otero Alcántara, quien hace un breve cameo en el videoclip, se arroja con la bandera cubana en referencia a *Drapeau*. El rapero Denis Solís, otro miembro del MSI que tiene una fugaz aparición, muestra desafiante el mensaje que tiene tatuado en el pecho: “Cambio / 19.10.20 / Cuba”.

A diferencia de las intervenciones anteriores, que asumían el disenso dentro del marco de un diálogo más o menos conciliatorio con el poder, “Patria y Vida” articula un rompimiento con este, presentando el cambio de régimen como única alternativa para “destrabar” la situación cubana; una postura que diversos artistas del género urbano venían asumiendo desde hacía unos años. En el momento de la escritura de este texto, la canción acumulaba casi 12 millones de reproducciones en YouTube, mientras que “Patria o muerte por la vida”, la respuesta oficialista, estrenada el 1 de marzo de 2021, apenas pasaba de un millón. En los Grammy Latinos 2021, donde “Patria y Vida” ganó los premios a Mejor Canción Urbana y Canción del Año, Yotuel se presentó en la alfombra roja vestido con una larga capa de terciopelo cuyo diseño, de la cubanoamericana Judith Cabrera, estaba inspirado en la bandera cubana. Amplificaba así el significado de la obra de Otero Alcántara: el reclamo de inclusión y soberanía por parte de identidades raciales y políticas marginadas o despojadas por el estado cubano de sus derechos. El subalterno se vestía de soberano.

Cinco meses después del estreno de “Patria y Vida”, y tres meses después de que Díaz-Canel asumiera la dirección del Partido Comunista, el 11 de julio de 2021 (11J) una revuelta popular de magnitud y alcance inéditos en la

historia posrevolucionaria conmovió todo el país. Hombres, mujeres, adolescentes y ancianos de las clases más humildes salieron a las calles de unas 50 ciudades y pueblos, incluida la capital, para exigir libertades políticas y mejoras en la calidad de vida en medio de una prolongada crisis económica y sanitaria. Algunos ondeaban pulóveres y banderas cubanas. Muchos no llevaban camisa. Una anciana de raza negra, vestida con bata de casa, y el cabello cano sin arreglar, gritó frente al Capitolio de La Habana, de cúpula dorada: “Vivimos más de 60 años en la mentira y engañados, y esto tiene que acabarse. Nos quitamos el ropaje del silencio”.

A diferencia de la desnudez ridícula y absurda del emperador del cuento de Hans Christian Andersen, el desnudo al cual hacía referencia esta señora era empoderador. Si la ropa que se había quitado el pueblo era mordaza, la ausencia de esta era un grito, un estallido cívico. Quitarse el ropaje del silencio era vestir al pueblo y desnudar al rey. O, como dijera Otero Alcántara sobre su obra *Mil maneras de morir accidentado* (2020), cargar el cuerpo de significación política para recuperar los hilos del relato nacional.

Díaz-Canel respondió a la revuelta dando “la orden de combate” en una comparecencia televisa *in promptu*; allí se le vio vestido con una sencilla camisa. Desde una mesa de utilería, el presidente designado le pidió a los “revolucionarios” que salieran a la calle a defender el *statu quo*; un llamado que muchos interpretaron como una exhortación a la guerra civil. A poco más de un año de las históricas protestas, cientos de manifestantes permanecen tras las rejas, acusados, entre otras ofensas, de desorden público y sedición. Las sentencias contra los cientos de

procesados, entre quienes se encuentran menores de edad, oscilan entre cinco y 25 años de privación de libertad.

Tras el 11J, Díaz-Canel no ha dejado de experimentar con el ropero, en busca de un traje de legitimidad. Con una simple camisa arremangada visitó en agosto de 2021, por primera vez en su corta carrera presidencial, un altar yoruba en un humilde barrio de La Habana. En noviembre, compartió con jóvenes habaneros en la “sentada de los pañuelos rojos”, una acampada de 48 horas organizada por estudiantes universitarios en el antiguo edificio de la Capitanía General colonial. El gobernante asistió vestido con vaqueros y el pulóver rojo del uniforme de la delegación cubana a las Olimpiadas de Tokyo 2020, mientras que su esposa llevó un vestido verde olivo. Por casualidades de la vida, una mujer a su lado estaba envuelta en la bandera cubana; un gesto similar a aquel que llevó a la cárcel a Otero Alcántara por ultraje a los símbolos patrios. En una última metamorfosis, Díaz-Canel se vistió de verde olivo en ocasión de un ejercicio militar organizado como pretexto para negar la autorización a una marcha pacífica organizada por la sociedad civil.

Hay gestos que son premonitorios. En 1999, Raúl Castro obsequió a Díaz-Canel, por entonces primer secretario del PCC en Villa Clara, una guayabera en miniatura. En la única foto de ese evento que puede encontrarse en internet, se ve al entonces ministro de las FAR entregándole al cuadro de provincias una urna que contiene la pieza de vestir. Se trata de un regalo inservible, cuyo único valor radicaría en el gesto —la pieza fue a dar al museo Casa de la Guayabera, en Sancti Spíritus. Nada fue publicado sobre el significado de ese gesto, ni se reporta otro similar por parte del general. En todo caso, no

parece sino una tomadura de pelos del menor de los Castro. Una guayabera en miniatura encerrada en una urna no sirve para nada, como tampoco una silla presidencial a donde no se ha llegado por voluntad popular. Ambas son como el traje nuevo del emperador. Su presunto dueño está condenado a pasar ante nosotros irremediablemente desnudo.

Cuando una insurrección triunfa, reflexionaba Sartre en 1960 tras visitar Cuba, los vencedores se autoproclaman libertadores y revolucionarios, hasta que una nueva insurrección llega para destruir lo que alguna vez fuera el orden revolucionario.

Los revolucionarios cubanos se aferraron a sus uniformes verde olivo para seguir comunicando una identidad rebelde. Y, cuando por fin se cambiaron de ropa, fue para comprobar que la nueva insurrección ya estaba ahí.

El Estornudo, septiembre 6.

NOMENCLATURA Y MAYIMBATO

Rafael Almanza

¿Había hambre en la Unión Soviética?

Desde luego. Durante la Segunda Guerra Mundial.

En Kiev, en los años setenta, dos personas almorzaban por un rublo, y si añadían veinte centavos, tomaban sendos vasos de vino.

¿La colonia soviética en Alemania padecía la explotación de su metrópoli? En Berlín Oriental se vivía mejor que en Moscú. Los restaurantes y cafeterías eran privados.

¿Cómo fue que en Polonia se levantaron cientos de templos católicos, unos cuantos de ellos verdaderas obras de arte, frente a la propaganda del ateísmo comunista?

Ah, es que Cuba siempre fue un país pobre y aquellos eran, de origen, ricos.

Pensemos en China, donde Mao mataba de hambre a millones. Se murió el abusador y el país descubrió que era riquísimo.

Una declaración del doctor Castro en 1959 establecía que su revolución se había efectuado sin necesidad de que el pueblo estuviera pasando hambre.

La asociación del socialismo con un régimen mao-castrista de miseria material absoluta no se corresponde con los datos históricos. Establece además el error que vemos ahora en China: un esplendor material sostenido en un intolerable despotismo.

Sí, sí, pero aquellos países no padecían el embargo de los Estados Unidos.

No. No tenían mucho interés en comerciar con ese país. Lo consideraban peligroso. Y ¿para qué? La Unión Soviética alardeaba de que el rublo era una moneda más fuerte que el dólar. Jrushov había dicho que iban a enterrar a los Estados Unidos, esto es, que para 1980 su país los habría vencido en el orden económico y tecnológico. A propósito del vuelo de Gagarin diría: que prueben a alcanzarnos ahora los demás países.

En Corea del Norte sigue rigiendo la Idea Zuche: socialismo sin ayuda de nadie. Y se pagan sus armas nucleares.

Para entender cómo en Cuba hemos llegado a este espantoso estancamiento en la miseria material y moral, pudiéramos atenernos, por ejemplo, al... marxismo.

En 1960 se publicó en nuestro país, por la editora todavía independiente Librerías Unidas, *La Nueva Clase*, el libro de Milan Djilas que apenas tres años antes había estremecido el mundo académico marxista.

Djilas era un comunista yugoslavo, compañero del mariscal Tito, en cuyo gobierno alcanzó un lugar principal. Por poco tiempo, porque él venía del mesianismo de Marx, y de inmediato descubrió que el nuevo régimen no solo era distinto a esos sueños de liberación del hombre, sino que los traicionaban descaradamente. A Tito, hombre de la praxis, no le quedó más remedio que destituirlo y encarcelarlo, aunque sin abusar demasiado porque Djilas era respetado y peligroso.

Lo que Djilas planteaba en su libro era la realidad a pulso, pero que el propio método marxista, empeñado en el análisis de clase, subrayaba con crueldad: el socialismo real, no el de los sueños, destruía el poder de la clase empresarial, pero no para realizar la igualdad social, sino para entronizar a una clase nueva, los dirigentes comu-

nistas, que pasaban a detentar el poder y la riqueza social, mediante una cínica explotación del pueblo. Djilas llamó a esa nueva clase como Nomenclatura, ya que no todos los comunistas la integraban, sino solo aquellos cuyos nombres integraban la lista de los posibles detentadores del poder y la riqueza.

Seguir los avatares de la Nomenclatura durante las siete décadas de su dominio mundial trasciende este artículo. Baste decir que esta Nueva Clase fue decisiva para salvar al mundo del fascismo, inició la conquista del espacio, construyó armas de tecnología de punta y logró un mínimo de desarrollo social, aunque siempre estancado, en Europa y finalmente en China y Vietnam. Incluso en Corea del Norte, más fascista que comunista, la Nomenclatura puede alardear de una capital pretenciosa levantada sobre las ruinas de la guerra. ¿Qué tal La Habana, una metrópoli donde empezaban a alzarse en la década del cincuenta los primeros rascacielos de Latinoamérica, con capital, diseño y trabajo exclusivo de cubanos, hoy convertida en un montón de ruinas?

Eso sí, ahora que ha muerto Mijaíl Gorbachov, es imposible obviar el último avatar de la Nomenclatura: su transformación en burguesía. Djilas había pronosticado en su libro que la Unión Soviética duraría setenta años, profecía exacta que ya había lanzado antes Eduardo Chibás en la revista *Bohemia*. Después de siete décadas de esfuerzo por construir unos países en los que se pudiera vivir, cuando ya se habían ensayado todas las posibles rectificaciones y remiendos, la Nomenclatura soviética, y detrás de ellas las otras europeas, decidieron reconocerse orwelianamente como burgueses, pararse en dos patas y liquidar la farsa mesiánica socialista.

Además del fracaso social, del permanente retraso con respecto a ese capitalismo cuyo final habían proclamado sin descanso, del disgusto creciente del pueblo y los intelectuales, y de la ausencia de soluciones viables incluso a corto plazo, los propios nomenclados enfrentaban también el fracaso personal. Gorbachov, dirigente de esa agricultura soviética que garantizaba comida aun bajo la nieve de meses y meses, se sentía hundido en la impotencia. Querían una agricultura, una economía mejor que la yanqui o la europea. Como marxistas, tenían además que desearlo y creerlo posible, pues para Marx el socialismo habría de ser una sociedad más avanzada que la capitalista en todos los órdenes, para nada un desastre permanente barnizado por una decadente ideología.

Pero Gorbachov, hombre fuerte y hábil, sin dudas el príncipe de su Nomenclatura, fracasaba en la tarea de que koljoses y sovjoses produjeran como en Montana o en Provenza. Había que enfrentarse al fracaso personal con la audacia personal. Había que reconstruir el socialismo.

Fue entonces cuando la Nomenclatura ensayó su *ultima ratio*, en la línea de Djilas aunque sin su participación: había que volver al socialismo de Marx, cambiar la propiedad estatal, cuyos dueños eran los nomenclados, por la propiedad social, en la que los trabajadores gobernarán las empresas.

Ya Tito, como sabía de sobra Djilas, había intentado algo similar, con su doctrina de la Autogestión. Otro fracaso asegurado, porque la gente no va a las empresas a dirigirlas sino a trabajar para ganarse la vida. Marx, que nunca trabajó dónde, estaba equivocado. La propiedad social resulta ser imposible, y lo que es peor, innecesaria. El capitalismo, como aclararía Carlos Prío en la

televisión cubana de entonces, socializaba la producción mediante la venta de acciones de las empresas. El capitalismo, siempre abierto y cambiante, había derrotado al socialismo socializando la producción. En Japón esos y otros mecanismos llegaron a una sofisticación de participación y eficiencia, de veras impresionante.

Cerrada la posibilidad de un retorno a Marx, incluso a Lenin que en su lecho de enfermo terminal intentó recomendar algo en esa dirección, al sector reformista de la Nomenclatura soviética solo le quedaba la solución socialdemócrata, a la que terminó asociado Gorbachov, con la perspectiva de que Rusia se convirtiera, de un día para otro, y por obra de los nomenclados, en su vecina Suecia. Pero ya eso no era reforma ni reconstrucción, era el paso a una sociedad capitalista.

Hasta cierto punto me inclino frente a esos reformadores. Para mí fueron en el primer momento de algún modo negativos, porque me hicieron esperar una reforma exitosa del sistema, cuando yo llevaba años de fracasos bastante más modestos pero no menos irritantes. Hoy los veo como gente que se enfrentó a problemas colosales con la teoría que les copaba la cabeza, pero también con un corazón responsable y valiente y alejado de la violencia y el fraude. Hicieron lo que pudieron. Otros lo hicieron peor. Y con intenciones peores.

Por entonces veíamos en la TV el serial *Kippenberg*, de la República Democrática Alemana. Un científico mediocre y oportunista lo había logrado todo: mansión en la ciudad, casa de campo, autos, viajes. Pero él mismo confesaba que su colega de la RFA disfrutaba más de dos casas, yate, avión y sobre todo, seguridad y libertad. Pues el nomenclado, si bien tiene muchísimo más que el pue-

blo, nunca llega a alcanzar demasiada riqueza, porque la sociedad que dirige falla en producirla, y porque hay un poder supremo y opulento que impide que se le haga la competencia. Ese mismo poder puede liquidar tales privilegios en un instante, sin razón alguna. El nomenclado tiene siempre poco en comparación con lo que pudiera lograr si fuera un empresario capitalista, y nada de lo que posee es suficientemente seguro, ni siquiera la libertad de su persona. El nomenclado vive en el mismo terror que la gente del pueblo, o más. Los reformadores socialistas contaban como aliados a esa gente que reclamaban un cambio porque querían ser mucho más ricos, más que Maia Plisetskaia con su limosina y Dmitri Shostakovich con su avioneta, artistas que se merecían eso y más y lo hubieran alcanzado en cualquier esquina de Occidente (y la Plisetskaia, en su vejez, se hizo española). Para poseer propiedades seguras a la altura de su trabajo y de sus ambiciones, esos nomenclados suspiraban por el capitalismo rampante, y lo lograron saboteando a Gorbachov y luego robando sin fin bajo el déspota Yeltsin, heraldo del multimillonario Putin. Y todavía habría que mencionar a los partidarios de la Continuidad Soviética, que dieron un golpe de estado risible que empoderó a sus enemigos. Su fracaso estrepitoso puso en claro que la inmensa mayoría de la Nomenclatura deseaba salir del socialismo, y que el pueblo la apoyaba.

La Nomenclatura Universal fue creada por ideas europeas equivocadas, aunque de mucha ambición. El capitalismo dista de ser el paraíso, y es inevitable que una y otra vez se busquen soluciones a sus miserias, muchas de las cuales proceden de la naturaleza humana, no del capitalismo en sí. Marx lo intentó frente a un capitalismo cuyas bruta-

lidades ya no existen, pero en cuya evolución positiva hay mucho de las demandas de los revolucionarios marxistas. Los verdaderos herederos del método de Marx fueron los socialdemócratas. Lenin los acusó de revisionistas, pero el revisionista era él: se atuvo al voluntarismo de Marx, que es una de las fuentes de sus disparates. Stalin revisó a Lenin con más voluntarismo, y errores y crímenes todavía mayores. Pero en la época de la perestroika los errores y los crímenes habían amainado, puesto que la Nomenclatura se sentía tranquila en su poder. La Unión Soviética era un club de borrachos, pero el número de presos políticos era pequeño. En ese ambiente de comodidad envenenada, los reformadores intentaron pensar y actuar responsablemente. Recordaron que el partido al que pertenecían se había llamado Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, antes de que Lenin le cambiara el nombre. Pero convertir a Rusia en Suecia era otro sueño equivocado más. Primero Yeltsin y luego Putin se decidieron por la *real politik*: un despotismo capitalista con un barniz religioso. Que tiene ahora sus émulos en Polonia, Hungría y Serbia. En otros países la Nomenclatura se retiró a sus mansiones o se recicló en cualquier opción de derecha o izquierda. En China y Vietnam al capitalismo de estado lo han llamado socialismo, y el despotismo sigue igual.

Hay unas características comunes a toda la Nomenclatura: ideas políticas inspiradas en Marx y manejadas por un partido, y una necesidad de éxito que ante la evidencia del fracaso la conduce al intento de reforma o la reconversión a alguna variante de capitalismo de estado, o a la socialdemocracia o el liberalismo rampante.

¿Es esa la nomenclatura que tenemos instalada en La Habana?

No, y eso es lo que explica que todavía esté ahí.

La nueva clase dominante cubiche no procede de un partido político, leninista o socialdemócrata radical, vinculado a la clase obrera, que conquista de alguna manera el poder con unas provisiones teóricas y una estrategia definida, sino de una guerra civil encabezada por sectores de la clase media con aspiraciones de democracia popular. El líder de la insurrección contra la dictadura miente sobre sus propósitos y finalmente instaura, mediante otra guerra civil, su dictadura. Se apoya en el antiguo partido comunista para organizarla y sostenerla, y ese partido, lejos siempre de cualquier posibilidad de llegar al poder, se entrega alegremente al fraude. El nuevo partido resulta ser de tipo personal, carente de vida política interna, pues los modestos esfuerzos en ese sentido, la llamada microfracción de Aníbal Escalante y la actividad politológica de la revista *Pensamiento Crítico*, son eliminados enseguida. El dictador cambiará de orientación política práctica cuando le venga en gana, pero este partido carece de un Djilas o de una discusión como la de los soviéticos sobre el Cálculo Económico. Guevara quiso abrir algún debate o por lo menos opinar él, digamos criticar a los soviéticos, y fue exportado. A duras penas el partido presentó, con los años, un Programa destiladamente soviético y completamente inútil para ellos mismos, pues el dictador jamás se atuvo a programa alguno, ni a la ortodoxia marxista. Al final de un Congreso lanzaba un discurso estableciendo lo contrario de lo que habían acordado esos súbditos, o se manifestaba contra la *Crítica del Programa de Gotha*, texto irrenunciable de Marx. Finiquitado el soviétismo, el partido renuncia a debatir el escándalo y a última hora decide acordarse del origen de su

fraude, definiéndose como martiano antes que marxista, lo que causaría el asombro y la burla de cualquier teórico de cualquier variante. Un partido comunista es nada más que marxista o es nada, porque el marxismo es una doctrina absoluta y excluyente. Pero esas definiciones carecen de interés, excepto para que entendamos que el partido cubiche disiente de los partidos de la Nomenclatura Universal. Carece de la orientación filosófica y civil de un partido y también de vida política interna. Nadie puede discutir adónde se va, ni cómo, ni con quién. Se trata de un equipo militar e ideológico para sostener de cualquier manera el poder de la clase dominante, detentado por una sola persona, su familia y sus compinches.

El programa del supuesto partido intentó explicar su llegada al poder como un proceso sometido a ley, endógeno y fatal, descifrado por el genio y la acción del doctor Castro. Pero si miramos bien, el socialismo castrista, a diferencia del coreano, nunca logra vivir de sí. El fracaso de la Zafra de los Diez Millones, gran salto adelante maoísta concebido para pagar la deuda con la Unión Soviética, deja claro que esta nomenclatura va a depender siempre de la ayuda externa para sobrevivir. La incipiente nomenclatura cubiche se define desde 1970 como parasitaria. Los soviéticos aplazan la deuda y siguen enviando miles y miles de millones de rublos año tras año. Sin embargo, esa ayuda está envenenada. Cuba integra el club soviético no como miembro del Segundo Mundo sino como neocolonia, en condición de fuente de productos agropecuarios: azúcar y cítricos. La industria-lización queda en los buenos deseos. El país que tiene un robot lunar nos diseña la KTP 1, cosechadora cañera a la que los obreros le agregan un tanque de agua encima, para cuando se incendie. Y

ni así, en condición de subdesarrollados subsidiados (la URSS pagaba el doble del precio del mercado mundial del azúcar, cualquiera fuese), lograba la nomenclatura cubiche un éxito: Cuba nunca logró cumplir con la cifra de azúcar convenida con la URSS. Unos tahúres de una novela de Vargas Llosa cantan aquello de que *no sabemos trabajar*. La nomenclatura cubiche tampoco. Al final los soviéticos están desesperados y organizan en La Habana una reunión del Consejo de Ayuda Mutua Económica, el organismo de coordinación del imperio soviético europeo, a fin de recordarle al doctor que es necesario cumplir lo convenido. Por gusto. Hubo países donde podía intentarse el socialismo, desde dentro o desde afuera, y alcanzar algunos resultados durante cierto tiempo. En Cuba es el costoso fraude de una persona que se sobrevalora. Y un fraude, cómo va a generar recursos y competencias. Los sueños de las centrales electronucleares y la industrialización del país, incluyendo la agricultura, se quedan en un desperdicio mayestático de la ayuda soviética. Téngase en cuenta que Polonia y Alemania Oriental quedaron en ruinas después de la guerra mundial. Arruinada la Unión Soviética también, era inimaginable que recibieran demasiada ayuda. Transcurridos treinta años la RDA y Polonia eran potencias industriales. Pero en 1989 Cuba era un país atrasado y arruinado, incapaz de sobrevivir sin ayuda extranjera, y de encontrarla, y de gestionarla. El fraude del intento de socialismo y la incapacidad de la nomenclatura, encabezada por un individuo ignorante y delirante, para manejar la economía nacional, le pasaba al pueblo la implacable cuenta.

Pero no a esos incapaces. La nomenclatura caribeña se sumó a la universal en la atribución de privilegios ma-

teriales. Se dice que Ho Chi Minh vivía en una cabaña de troncos, pero el doctor Castro, tras su entrada en la capital, se instaló en la suite de lujo del Habana Hilton, y se hizo filmar por los yanquis en bata de seda. Luego se trasladará al barrio ahora titulado humildemente Siboney, ciudad jardín creada por el millonario Pote para albergar a la alta burguesía. En torno a él se instala la Familia. Otras zonas residenciales acogen al resto de la cúpula militar y política. Obras maestras de la gran arquitectura moderna cubana de los cuarenta y los cincuenta están secuestradas ahí: es peligroso acercarse a ellas sin un permiso. Hasta el día de hoy esas personas viven con mucha seguridad en un disfrute de lo mejor que la burguesía dejó, pues tampoco han manifestado la creatividad, grotesca por demás, del palacio Ceaucescu. A diferencia de la nomenclatura soviética, que compartía sus privilegios con gente socialmente destacada —escritores, artistas, científicos y tecnólogos cohabitaban con los dirigentes un Siboney de allá, el barrio moscovita de Perediélkino, incluso si se trataba del intratable Pasternak—, los mayimbes han mantenido la hermeticidad de sus barrios. La casa de Alicia Alonso en Siboney, en la que estuve, fue una excepción, y distaba de ser una mansión. Para fingir austeridad, y por pánico a la ira popular, los mayimbes han ocultado siempre sus batas de seda, sus casitas expropiadas, sus cotos de caza con antílopes y perros de la casa real danesa, sus yates y sus aviones. Solamente ahora el pueblo empieza a ver en las redes las imágenes de este interminable botín de guerra, y el compañero Lage puede alardear, ya qué importa, de su bienestar de siempre incluso habiendo sido defenestrado, y de su salud a los setenta con una raqueta de tenis, como cualquier yanqui

que se respete. Mientras el pueblo pasa hambre, el doctor Castro enseña al hijo de Valdés a devorar quesos azules. Todo un estilo: las playas paradisíacas y privadísimas de Cayo Piedra, la nube de galgos del general, los corceles árabes del comandante campesino, las pesquerías y cazas submarinas por el Caribe decoradas con un García Márquez, lo que se dice unas costumbres proletarias que caracterizan al mayimbe más que los palacios rumanos o el tren de lujo del alemán Honecker, al que el doctor le regaló uno de nuestros cayos, como si le dijera que aquí la opulencia es gratuita y es inmortal. La crisis de los noventa obligó a los mayimbes a permitir que algunos artistas hicieran dinero y se hicieran de aire acondicionado central y criados con librea, y a los intelectuales oficiales se les premió regularmente con una Cesta que contenía un pavo de la granja del doctor y buenos vinos, y también pasta dental y detergente. Los dirigentes de menor nivel han disfrutado de las casas de visita, para que eviten adelgazar en el comedor obrero y premien a sus colaboradoras más íntimas con un fin de semana de trabajo arduo. Pero estas magnanimidades jamás osan tocar el misterioso retiro del mayimbato, sus búnkeres espiados por la Seguridad del Estado. La cerrazón del mayimbe en sus privilegios les ha llevado a perjudicar al pueblo con la prohibición de cualquier ingreso que haga salir al individuo de la homegeneidad de la miseria. Recuerdo aquel mayimbe que se indignó al saber que me habían pagado unos miserables derechos de autor por un libro en el que había trabajado años. Los cuentapropistas ha sido una jugada de desesperación, y desde luego sus ingresos están bajo un control despiadado. El egoísmo del mayimbe es feroz. El botín de guerra cómo van a compartirlo con

gente floja, mediocre. Prefieren una economía colapsada, con la que ellos nada pierden, antes que permitir que alguien prospere con su trabajo. Buena parte de las nomenclaturas europeas, por no hablar de la China actual, fue menos salvaje.

Otra disidencia del Mayimbató es su carácter estrictamente militar, como en la China de Mao o en la Corea de siempre. Las nomenclaturas europeas, que vivían del trabajo de sus países, necesitaban un enorme aparato burocrático que era la garantía paradójica de un mínimo de vida política interna del partido: en ese mar de funcionarios los militares significaban poco, excepto los miembros de la Seguridad del Estado. Incluso en la Unión Soviética los militares eran profesionales casi al margen de los políticos y subordinados a ellos, lo que explica por qué no se sumaron al golpe de estado contra Gorbachov. En el otro extremo, fueron los militares rumanos los que fusilaron al dictador y acabaron con el socialismo en quince días. Pero el Mayimbató, como ejército de un solo comandante, está dirigido por militares hasta el punto de que sus jefes se han convertido en burócratas y no hay en este momento una sola actividad importante del país que carezca de un general a su cabeza. Cuba es un castro, o con menos latín: un campamento. Así no se funda un pueblo, que huye despavorido; ni siquiera se puede manejar una economía viable. Los funcionarios civiles saben que son nadie, y de ahí la increíble frase: *la orden de combate está dada*. Porque el funcionario civil, que además ostenta un grado militar menor, se siente desprovisto de autoridad. El doctor Castro siempre cuidó de que hubiera guerras que formaran cuadros militares para mantener el orden mayimbe: incluso le dijo a Regis

Debray: *para los revolucionarios cubanos el campo de batalla es el mundo entero*. En la actualidad la guerra se limita a América Latina con operaciones de inteligencia que fortalecen a los miembros de la Seguridad del Estado, encargados de la tarea única de combatir al pueblo. Se les puede escuchar celebrando sus vacaciones en la isla Margarita o en los volcanes nicaragüenses. Los militares son el núcleo del Mayimbato y su sector más hermético. Posee cinco estructuras fundamentales: los guerrilleros históricos, en los que reside el poder total; los generales convertidos en burócratas, que encabezan la economía; los generales que velan por un ejército enorme pero mal armado y que no enfrenta guerras ni conflictos; y los que controlan el orden interior: la policía común y la policía política. El hecho de que un policía disfrute hoy de un salario superior a un médico deja claro cuán militarizada está la sociedad y especialmente el Mayimbato, y cuán importante son sus privilegios, al margen de la ideología y sus griterías. Mientras que en las nomenclaturas europeas el papel de los militares iba siendo cada vez menor por ausencia de enemigo real externo, en Cuba su papel se ha ido incrementando en forma desmedida en los últimos años. El Mayimbato es militar, es un régimen de soldados, es una anticultura de guerreros abusadores, eficaz solo para la represión y desde luego incapaz de cualquier tarea constructiva, pacífica y social. El castro hace aguas por todas partes y la reacción única de su senilidad y mediocridad es aumentar la represión, que es lo que saben hacer. Sartre dijo que lo mejor de la Revolución era que había llevado muchachos al poder. El resultado de esa juvenilia es un régimen esclerótico, que tendría aún muchas posibilidades de gestionar una continuidad menos

desastrosa. Pero lo que creen haber aprendido de las nomenclaturas que dejaron de caminar en cuatro patas, es que el más mínimo cambio real les garantiza el desastre.

El Mayimbató resulta ser entonces una nomenclatura fraudulenta y primitiva, rígida y aparentemente autocondenada a la hecatombe. ¿Temen a la hecatombe? Hasta cierto punto no. Goering dijo, al rendir su bastón de mando a los aliados: *durante doce años lo fui todo*. El Mayimbató ha sido todo, con la miseria de ese todo, durante más de medio siglo; y siendo, los que son, militares, y además nonagenarios los jefes, desaparecer en un conflicto violento está dentro de las expectativas de los que ascienden al Walhalla como héroes del Todo. Las ilusiones de la arrogancia sin embargo los impulsan a creer que nacieron para vencer y no para ser vencidos. No solo es que el socialismo ha sido vencido aquí como en cualquier otro lugar del mundo, sino que ellos mismos han sido vencidos, incluso se han hecho fracasar a sí mismos, como estadistas, como políticos africanos, como administradores de las bodegas y hasta como padres de familia. Como dice el pueblo: *no ponen una*. Ni siquiera llamando a las cumbres de la burocracia a un conjunto de burócratas de cuello blanquísimo, casi londinenses aunque obesos, que desde luego se revelan incapaces de criar un pollo o un cerdo, que emprenden reformas jurídicas y financieras que perjudican monstruosamente a todos excepto a ellos mismos, que enfrentan como si fuera una coyuntura la ruina del centro de toda economía contemporánea: el sistema energético nacional. El lado civil del Mayimbató está lejos de mejorar al militar. Alardeando de inteligentes, su fracaso es mayor. Y aún tendríamos que considerar el lado floral de esta nomenclatura: los

culturosos. Quisieran haber sido militares pero les sobra-
ba suavidad. Y están faltos de talento para hacer obra de
belleza y de servicio social, como los grandes de la crea-
ción cubana de los difíciles tiempos anteriores. Acaban
castigando brutalmente a las mujeres que le citan a Martí,
que no tienen confusiones ideológicas, que saben que las
tradiciones nacionales, como decía el doctor Castro en
el programa *Ante la prensa* de la televisión en 1959, son
incompatibles con el marxismo, el soviétismo y la dicta-
dura. La gente *fisna* y *curta* del Mayimbato sale ahora en
la televisión a partirle la cara a cualquiera.

Las radicales diferencias entre las Nomenclaturas y el
Mayimbato nos autorizan a dudar de que tendremos aquí
una evolución similar a las de aquellas. Que por demás
engendraron también los despotismos ruso o chino, ahora
empeñados en una antigua tarea, ay siempre incumplida,
de las Nomenclaturas: derrotar a Occidente y dominar el
mundo. Aquellas fueron revoluciones desde arriba, para
los de arriba, que nunca renuncian al estilo de arriba. Los
de arriba, aquí, están encantados con su estilo de absoluta
y violenta soberbia. Ningún atropello les espanta, nin-
guna mentira los detiene. Aunque la realidad suele dar
sorpresas, y de hecho el hermetismo de los mayimbes nos
impide saber qué piensan algunos de sus miembros, la
aparición de un líder reformador o democrático se me
antoja ilusoria. Debe haber sectores del Mayimbato que
anhelan meterse a capitalistas, y siguen esperando con
malicia, callados y pusilánimes. Por otro lado, ciertos vo-
ceros menores proclaman un rechazo de la vía china, rusa
o, peor, vietnamita. Dicen lo que sus jefes evitan decir,
porque necesitan fingir con chinos y rusos. Están identi-
ficados con este despotismo caribeño tal como es y como

quieren que siga siendo, anclados en el vicio cubiche, y universal, del macho alfa, único que puede gobernar a un pueblo holgazán, indisciplinado y cobarde, y que ha de dominarlo mediante el engaño, el terror y el abuso. Hay una enorme cantidad de gente floja y mediocre, repleta de aspiraciones al señorío, luchando por botellas y privilegios o que ya se instaló en esas bendiciones, que está dispuesta a arrodillarse ante cualquiera y a practicar el mal sin escrúpulos. Frente a este panorama de depravación y decadencia, el pueblo llano grita en las calles y es reprimido una y otra vez con inmoral éxito, pero puede estar creando con ese unánime dolor, y Dios me oiga, la salida divina: la democracia desde abajo, como no se logró en ningún país socialista: el pueblo que recupera la realidad de su soberanía frente a los déspotas, sean los que sean, los de ahora y los que se atrevan en el futuro, y los liquida para siempre.

Árbol Invertido, octubre 4.

INDEPENDENCIA Y PERIODISMO

Mario Ramírez

“Incluso si mañana, por las razones que sean, ustedes o sus jefes legalizaran y apoyaran a los medios libres, yo seguiré haciendo periodismo independiente”, le dije a aquel estupefacto agente de la Seguridad del Estado, que hacía solo segundos me había propuesto colaborar en los periódicos oficiales. El mismo agente, da igual el nombre, el cuerpo o la persona, que acosa a mis colegas y los obliga a renunciar. El mismo estado que convierte en leyes la censura y la represión. Los mismos medios que reproducen las mentiras del régimen y donde publican sus diatribas esa piara de lacayos que rubrican los mensajes del poder.

“¿Y qué entiendes por periodismo independiente?”, me preguntó tras la pausa forzada que es la señal inequívoca de que los has sacado del guion. “Es hacer periodismo sin depender de ningún gobierno”, le expliqué, “más allá de la conformidad o la contradicción...”. En ese instante, y con una suerte de improvisada omnipresencia, un segundo agente apareció para salvar del apuro a su curioso compañero. Como un relámpago se lanzó al discurso ideológico, plagado de lugares comunes, y tras casi una hora de cháchara se erguía orgulloso de sus argumentos: que si la tal independencia no existe, que si el dinero viene de dónde, que si el que paga ordena y el pagado obedece, que si... Desde luego, lo dejé terminar, y contesté sencillamente que sus razones podrían aplicarse al caso del régimen cubano y sus mecenas históricos, pero no al periodismo auténtico.

En realidad, mi respuesta se quedó, como la capacidad de los agentes para entenderme, corta. El periodismo independiente no admite ninguna influencia de tipo político, estatal o gubernamental. No responde a ningún activismo predeterminado, como no sea a la causa de la verdad objetiva y sin maquillajes. El periodismo fue independiente, ¡vaya perogrullada!, antes de que los periodistas se agruparan en medios y los partidos y gobiernos se percataran de la enorme potencialidad de estos para difundir sus ideas. Ahora, con el apogeo de las redes sociales y el alcance de internet, las noticias suelen llegar primero a la audiencia, sin pasar por los filtros convencionales y las tendencias de los periódicos.

Estamos, supuestamente, en la era de las democracias, y que exista un fenómeno como el periodismo independiente es un buen síntoma, pero si tenemos la necesidad de definir en independiente o no el periodismo, es quizás porque ese síntoma delata la enfermedad de nuestras prácticas democráticas. De este hecho parten muchas organizaciones encargadas de monitorear las libertades en las naciones contemporáneas: respetar y conservar en número los medios independientes son señales positivas para la emancipación de la prensa, el pensamiento crítico y la expresión de una sociedad. Saliendo por un momento de Cuba, hay que admitir el lamentable hecho de que el periodismo independiente parece estar en vías de extinción en cualquier parte.

El principal enemigo de la prensa libre es el autoritarismo. Cuando en otra época los dictadores simple y llanamente anulaban toda libertad de prensa, cayendo luego por el propio peso de esta medida, los actuales “dictadores de barrena” (spin dictators), como los llama el politólogo ruso-francés Serguei Guriev, han aprendido

una estrategia que les garantiza un mayor tiempo en el poder y la posibilidad de influir, y por tanto enfermar, a las sociedades. Comprando, coaccionando y controlando mediante mecanismos estatales y jurídicos a los medios de prensa, consiguen manipular la verdad, torciéndola como en la acción de una barrena que horada las paredes. Y esas paredes son, lastimosamente, los pilares mismos de una sociedad democrática. Sólo así pueden explicarse los retrocesos abruptos en el camino hacia la democracia de ciertos países. Lo comprendieron a la perfección Chávez, en Venezuela; Erdogan, en Turquía; Putin, en Rusia; Orban, en Hungría o el caso de Polska Press, en Polonia, por citar los ejemplos más notables.

Pero no sólo en Europa oriental o los autoritarismos de Latinoamérica adolecen en este sentido. En Estados Unidos, los grandes emporios adquieren las cadenas de noticias, que a su vez devoran a los medios independientes, a pesar de que la rentabilidad de estos no se compara con sus principales negocios. ¿Para qué? Basta mencionar, para no extendernos en el comentario, la influencia de las empresas en las campañas electorales y en general en el rumbo de las administraciones políticas en ese país. A ello hay que sumar la acción dilatada de recopiladores de noticias como Facebook y Google, para entender cuán amenazado está el periodismo independiente. El Premio Nobel de la Paz, en 2021, fue un guiño, insuficiente, a este serio problema.

El caso de Cuba es aún más patético. Empeñados en el viejo modelo de dictadura, los monigotes de la continuidad apuestan por un inmovilismo y una cerrazón que acabará por liquidarlos en todos los planos. ¿Cuándo?, preguntan algunos. Ya lo estamos viendo, responden otros. Fidel Castro, siempre detrás del palo a pesar de sus

aires de genio, abrió la década de los sesenta en Cuba con un renovado estalinismo, justo cuando el mundo señalaba con el dedo los crímenes de Stalin. Entre sus tantas traiciones al corazón de la patria, eliminar la independencia de los periódicos bastó para que a muchos se les agotara el entusiasmo revolucionario y se convencieran de que lo próximo sería lo trillado de las revoluciones frustradas: la guillotina y el terror.

La resurrección del periodismo independiente tendría que esperar casi cuarenta años, tras la primera de sucesivas crisis que seguimos padeciendo e inspirados por el efecto de la *glasnost* en la caída del régimen soviético. Durante algunos años, un envejecido Castro permitió que creciera esa raíz de libertad, mientras meditaba sus estrategias venideras. Casi podría asegurarse que la táctica de apertura y barrena pasó por su cabeza; sin embargo, para esas aventuras hace falta juventud y un *daimon* menos arrogante. Luego de la Primavera Negra de 2003, los brotes fueron cortados pero la raíz continuó pululando bajo tierra. Su hermano, sin verdadera vocación para dictador, no pudo contenerla, y el sucesor de este ha tenido que lidiar con el auge del periodismo independiente, acudiendo a viejos y hoy ineficaces métodos.

¿Qué sigue? No lo sabemos, pero es muy probable que, superada la generación castrista, la continuidad adopte y adapte la realidad de sus dictaduras hermanas. En todo caso, para quienes nos obstinamos en hacer periodismo de manera independiente, para quienes nos leen y para aquellos políticos que aspiren a la democracia en Cuba, deben quedar claros el valor y la misión del periodismo independiente. Democracia es, en su definición más simple, diálogo, y en ese diálogo el periodismo independiente es un órgano vital. Cuando nos negamos a escuchar,

o cuando suprimimos de la conversación aquello que no queremos escuchar, ya estamos condenados y condenamos a la sociedad. El soliloquio conduce a la insania, y el soliloquio del poder al caos. Tengo fe en que, por muy alta y ruidosa que sea la voz de los gobiernos, siempre alcanzarán los oídos para escuchar al solitario que habla por todos.

La Hora de Cuba, octubre 10.

LOS AUTORES⁴

Hilda Landrove. 1975. Investigadora y promotora cultural cubana radicada en México. Licenciada en Educación Musical por la Universidad Pedagógica Enrique José Varona de la Habana, Maestra en Estudios Mesoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México y Candidata a Dra. en el mismo Programa de Posgrado. Es autora en varios medios (*Rialta, El Toque, El Estornudo*) sobre temas de cultura y política, con enfoque particular en la actualidad cubana. Conduce el podcast *Caminero*.

Rafaela Cruz. Periodista de *Diario de Cuba*, especializada en temas económicos y análisis políticos.

Isel Arango. 1987. Licenciada en Historia del Arte por la Universidad de La Habana en 2011. Profesora en Academia de Artes de Camagüey (2014–2019). Curadora. Autora de textos sobre arte en medios de comunicación cubanos y extranjeros. Colaboradora en *Asociación Árbol Invertido*. Integrante de los proyectos Cuba Constituyente Podcast y Grupo *Ánima*.

Dagoberto Valdés. 1955. Escritor, periodista y editor. Master en Ciencias Sociales. Fundador y Director del Centro de Formación Cívica y Religiosa y su revista

⁴ Las biografías han sido cedidas en su mayoría por los autores y en otros casos tomadas de las publicaciones donde se encuentran los textos seleccionados.

Vitral (1993-2007). Fundador y Director del Centro de Estudios *Convivencia* y su revista (2007-hasta la fecha). Miembro del Pontificio Consejo Justicia y Paz en el Vaticano (1999-2007). Premio Príncipe Claus a la Cultura y el Desarrollo en Países Bajos (1999). Premio Jans Karski al Valor y la Compasión (2004).

Pedro Armando Junco. 1947. Escritor y periodista. Tiene publicados los libros de testimonios *La furia de los vientos* (Ediciones Unión, 1989) y *36 hombres a bordo* (Editorial Ácana, 2015), así como las *Crónicas de un pueblo pequeño* (Editorial Ácana, 2015) y las novelas *Confesiones eróticas de la tía Nora* (Neo Club Ediciones, 2017) y *Muchachas en Río Blanco* (Puente a la Vista Ediciones, 2019). Durante años ha llevado el blog *La furia de los vientos* y colabora asiduamente con *La Hora de Cuba*.

Carlos Manuel Álvarez. 1989. Periodista y escritor. Es director de la revista digital cubana *El Estornudo* y colabora regularmente con *The New York Times*, *El País* y *The Washington Post*. En diciembre de 2016 fue elegido entre los mejores veinte escritores latinoamericanos de los años 80 en la Feria del Libro de Guadalajara en México; en mayo de 2017 fue incluido en la lista Bogotá39 de los mejores 39 escritores latinoamericanos menores de 40 años que organiza el Hay Festival cada 10 años; en abril de 2021 fue elegido por un jurado para su inclusión en el segundo número de Mejores Jóvenes Novelistas en Español de Granta y en el mismo mes recibió el Premio Don Quijote por su artículo “Tres niñas cubanas”, publicado en *El Estornudo*; El Premio Don Quijote es una categoría dentro de los Premios Internacionales de Perio-

dismo Rey de España. *La tribu* (crónicas) se publicó en 2017 y su primera novela, *Los caídos*, en 2018, ambas de Sexto Piso. En 2021 la misma editorial publicó su novela *Falsa guerra*.

Alexander Hall Lujardo. 1998. Licenciado en Historia por la Universidad de La Habana. Textos suyos se pueden encontrar en *La Joven Cuba*, *Rebelión*, *Sin Permiso*, *OnCuba*, *Cuba Próxima*, *Rialta*, entre otros.

Darío Alejandro Alemán. 1994. Graduado de Periodismo en la Universidad de La Habana. Reportero de *El Estornudo*. Ha colaborado en varios medios independientes nacionales y extranjeros. Desde noviembre de 2020 reside en México. Actualmente trabaja como Jefe de Redacción de la *Revista de la Universidad de México*.

Jorge Ángel Pérez. 1963. Escritor y periodista. Autor del libro de cuentos *Lapsus calami* (Premio David); la novela *El paseante cándido*, galardonada con el premio Cirilo Villaverde y el Grinzane Cavour de Italia; la novela *Fumando espero*, primera finalista del Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos 2005; *En una estrofa de agua*, distinguido con el Premio Iberoamericano de Cuento Julio Cortázar en 2008; y *En La Habana no son tan elegantes*, ganadora del Premio Alejo Carpentier de Cuento 2009 y el Premio Anual de la Crítica Literaria. Ha sido jurado en importantes premios nacionales e internacionales, entre ellos, el Casa de Las Américas. Colabora en el medio independiente *CubaNet*.

María A. Cabrera Arús. 1973. Socióloga. Estudia y escribe sobre los significados políticos de la moda y la cultura material, y enseña en la Universidad de Nueva York. Autora del archivo y colección *Cuba Material*. Colaboradora en los medios *Rialta* y *El Estornudo*.

Rafael Almanza. 1957. Poeta, narrador, ensayista, crítico de arte y literatura, editor, promotor cultural, curador de arte, periodista independiente. Maestro. Ha publicado: *En torno al pensamiento económico de José Martí*, ensayo, Ciencias Sociales, La Habana 1990; *El octavo día*, cuentos, Oriente, Santiago de Cuba, 1998 y Homagno, 2020; *Hombre y tecnología en José Martí*, ensayo, Oriente, Santiago de Cuba, 2001; *Libro de Jóveno*, poesía, Editorial Homagno, Miami, 2003; *Vida del padre Olallo*, biografía, Barcelona, 2005; *Los hechos del Apóstol*, Vitral, Pinar del Río, 2005 y Homagno, 2020; *El gran camino de la vida*, poesía, Editorial Homagno, Miami, 2005; *Elíseo DiEgo: el juEgo de DiEs?*, ensayo, Letras Cubanas, La Habana, 2008; *HymNos*, poesía, Homagno, Montreal, 2014; *Nada existe*, noveleta, Homagno, 2020; *Fívilas u peróvilas*, narraciones, Homagno, 2020; *Palabra pública*, Editorial Boca de Lobo, La Habana-Buenos Aires, 2020 y Homagno, 2022; *Introducción a la poesía de José Lezama Lima*, Homagno, 2020; *El cancionero trascendental*, Homagno, 2021; *Donde la alabanza oficia*, Homagno, 2021. Colaborador de publicaciones cubanas y extranjeras.

Mario Ramírez. 1994. Poeta, editor, promotor cultural, crítico y periodista independiente. Ingeniero en Telecomunicaciones y Electrónica (Universidad Central “Martha Abreu” de Las Villas, 2018). Autor de los libros de

poemas *Corolarios* (Ediciones Homagno, Miami, 2019) y *Los días* (Ediciones Homagno, Miami, 2022) y de la investigación *Un cuarto de siglo con Martí. La Peña del Júcaro 1995-2020* (Edición conjunta Homagno-Grupo *Ánima*). Coordinador de la Peña del Júcaro Martiano en su sesión de verano, evento cultural independiente desarrollado en Camagüey desde hace 27 años. Como periodista es editor y redactor del magazine *La Hora de Cuba*, además de colaborar en otras publicaciones como *Árbol Invertido* y *Alas Tensas*. Es asimismo editor del sello Ediciones Homagno, especializado en publicaciones literarias cubanas.

Impreso en **SERVICOP** en marzo de 2023
En 50 N° 742 – La Plata – Argentina –
www.imprentaservicop.com.ar